

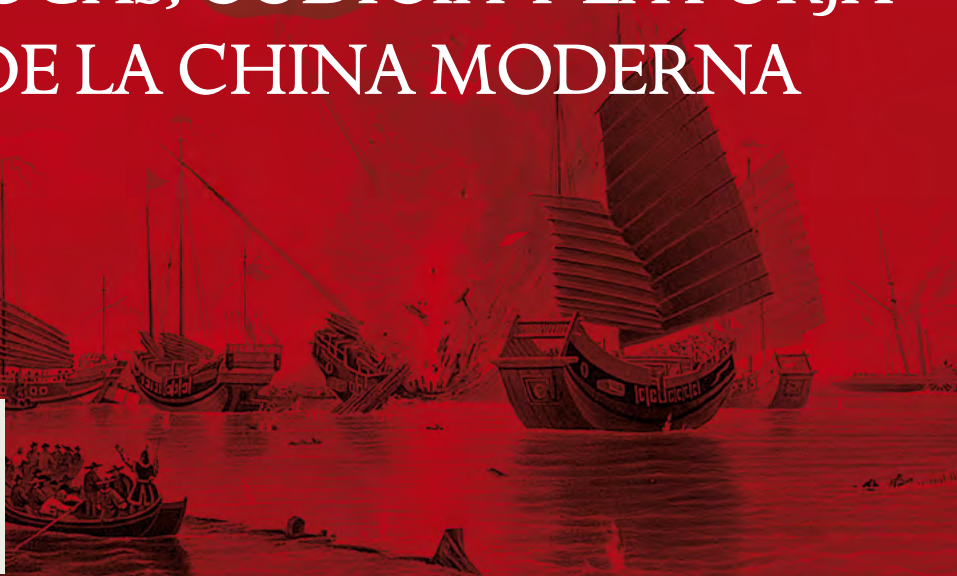
«Un libro para cualquiera que desee comprender por qué China se muestra cada vez más firme en la escena internacional y tan recelosa como siempre del resto del mundo».

The Times

JULIA LOVELL

LA
GUERRA
DEL
OPIO

DROGAS, CODICIA Y LA FORJA
DE LA CHINA MODERNA



«Nadie que haya leído el maravilloso libro de Julia Lovell acerca de la Gran Muralla china se sorprenderá de que haya escrito un relato tan magnífico de la Guerra del Opio. Este pasaje decisivo en la historia de China –el comienzo de un espeluznante siglo y medio de explotación y miseria– ofrece una rica veta de material que Julia Lovell aprovecha con enorme habilidad narrativa. Una de sus cualidades más destacadas es su capacidad para mostrar la repercusión de estos acontecimientos a lo largo de los años. Un libro realmente excepcional».

Chris Patten, antiguo gobernador y comandante en jefe de Hong Kong

«Una buena muestra de desmitificación [...] Este libro cumple un papel crucial al recordar a Gran Bretaña un episodio vergonzoso de su pasado que aún hoy condiciona sus relaciones con China. Aunque la China oficial también podría aprender de él que la reconciliación con el pasado se logra si se comprenden sus complejidades, en lugar de convertirlo en un simple cuento moral».

Rana Mitter, *Guardian*

«Para cualquiera que desee comprender por qué China se muestra cada vez más firme en la escena internacional y tan recelosa como siempre del resto del mundo, este es un libro que le proporcionará algunas pistas importantes».

The Times, Libro de la Semana

«*La Guerra del Opio*, de Julia Lovell, es una lectura excelente para cualquiera que se sienta poco informado con respecto a la razón histórica del resentimiento chino hacia el mundo exterior».

New Statesman

«Lovell escribe con entusiasmo acerca de los escandalosos personajes que impulsaron los acontecimientos en los márgenes del Imperio británico. También traza el fascinante legado de la literatura paranoica occidental».

Daily Express

«En aquel momento, como explica Julia Lovell de forma lúcida y convincente, estos acontecimientos se percibieron en gran medida como una escaramuza fronteriza [...] No menos interesante que los propios acontecimientos es el relato de Lovell en torno al desenlace de la guerra».

Observer

«Esta es la historia arrancada de los humos alucinógenos y arrojada a la fría luz de la relevancia contemporánea».

Literary Review

LA GUERRA DEL OPIO

DESPERTA FERRO

EDICIONES

JULIA LOVELL

LA
GUERRA
DEL
OPIO

DROGAS, CODICIA Y LA FORJA
DE LA CHINA MODERNA



La Guerra del Opio

Lovell, Julia

La Guerra del Opio / Lovell, Julia [traducción de Javier Romero Muñoz].

Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2026 – 472 p., 32 de lám. : il. ; 23,5 cm – (Historia de Asia) – 1.ª ed.

D. L.: M-8929-2026

ISBN: 979-13-990789-9-2

94(51:420)*19-20*

663.991 339.548

LA GUERRA DEL OPIO

Drogas, codicia y la forja de la China moderna

Julia Lovell

Copyright © Julia Lovell 2011

ISBN: 978-0-330-45748-4

*Published 2012 by Picador, an imprint of Pan Macmillan,
a division of Macmillan Publishers Limited.*

© de esta edición:

La Guerra del Opio

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12, 1.º derecha. 28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 979-13-990789-9-2

D.L.: M-8929-2026

Traducción: Javier Romero Muñoz

Mapas originales dibujados por Martin Lubikowski, ML Design, a partir de los originales de Peter Ward Fay, *The Opium War, 1840-42* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1975); Peter Perdue, *China Marches West: The Qing Conquest of Central Eurasia* (Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2005); Jonathan Spence, *The Search for Modern China* (New York, Norton, 1999).

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Todas las imágenes de este libro son de dominio público.

Primera edición: mayo 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2026 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

DESPERTA FERRO



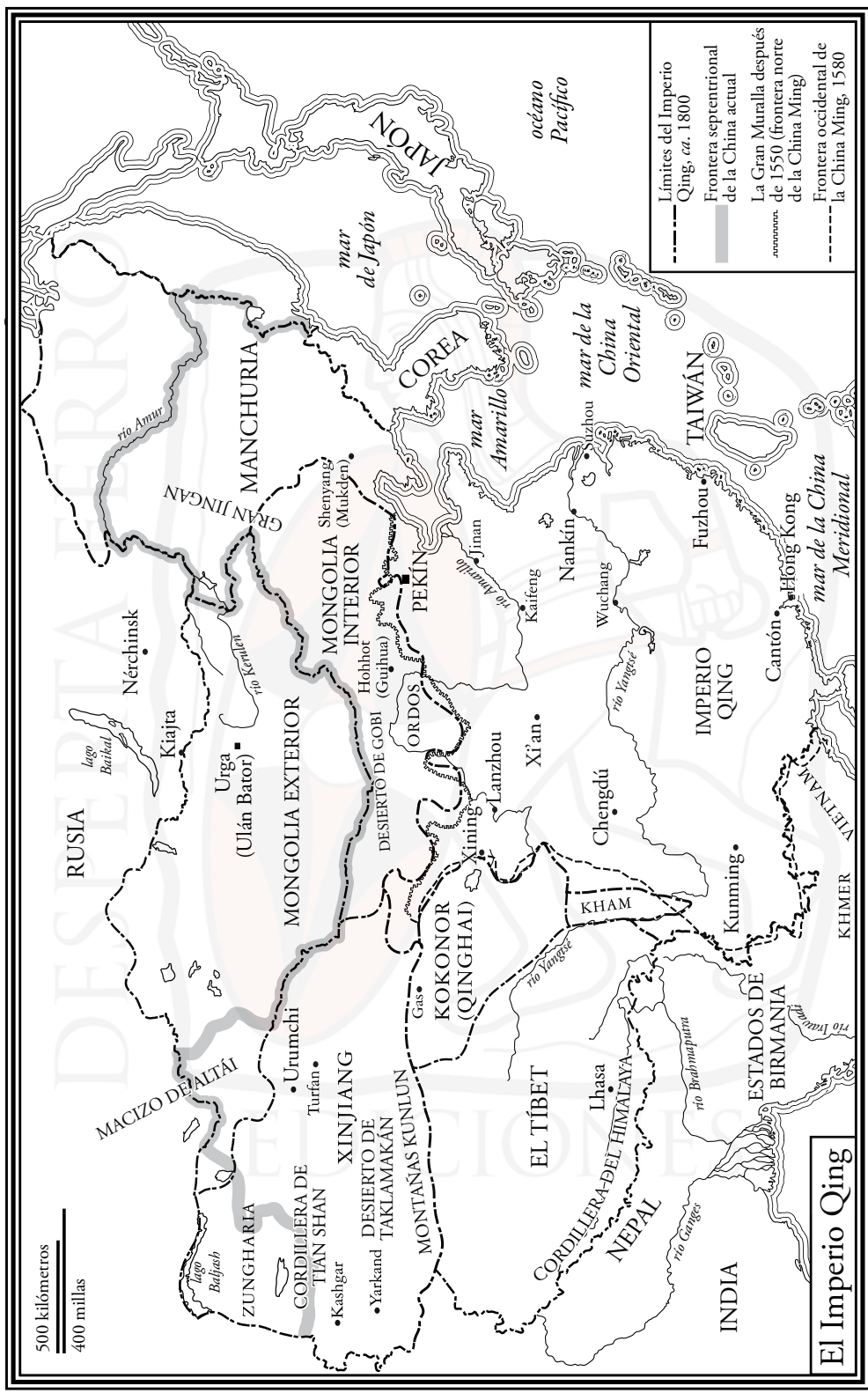
A Rob

EDICIONES

Índice

Agradecimientos	XV
Prólogo de la autora a esta edición	XVII
Prefacio	XXIII
Nota acerca de los nombres chinos	XXVII
Cronología	XXIX
<i>Dramatis personae</i>	XXXIX
Introducción	XLV
1 El opio y China	1
2 La decisión de Daoguang	25
3 La primavera de Cantón	43
4 Opio y limo	59
5 Los primeros disparos	69
6 «Una declaración explicativa»	89
7 Dulces palabras y babosa de mar	105
8 La caída de Qishan	123
9 El sitio de Cantón	141
10 El inglés desinglesado	169
11 Xiamen y Zhoushan	181
12 Un invierno en Suzhou	195
13 La lucha por la China Qing	213
14 El Tratado de Nankín	229
15 Paz y guerra	249
16 El peligro amarillo	277
17 El mal de la nación	305
18 Conspiraciones comunistas	323
19 Conclusión	351
Bibliografía	383
Índice analítico	399



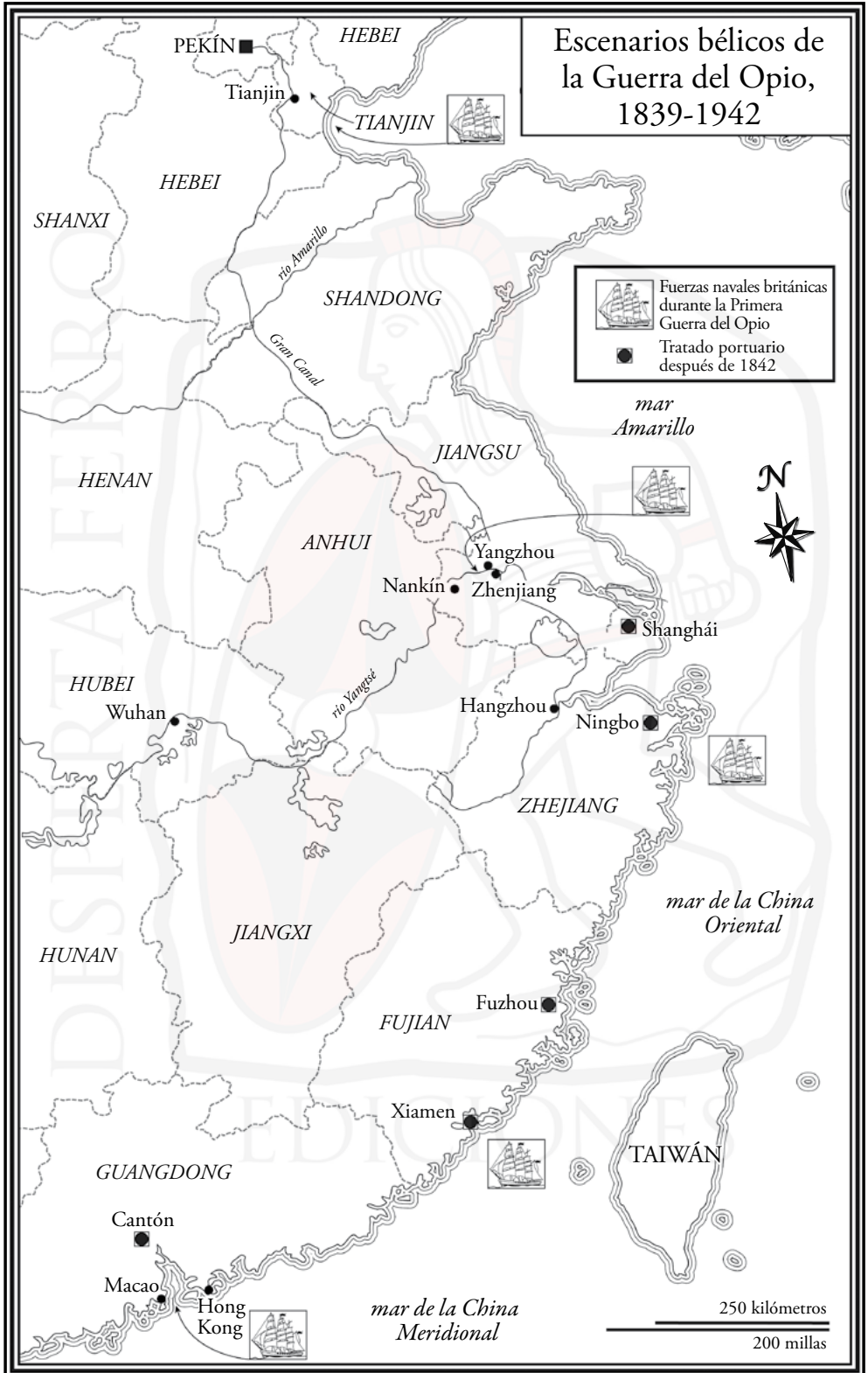


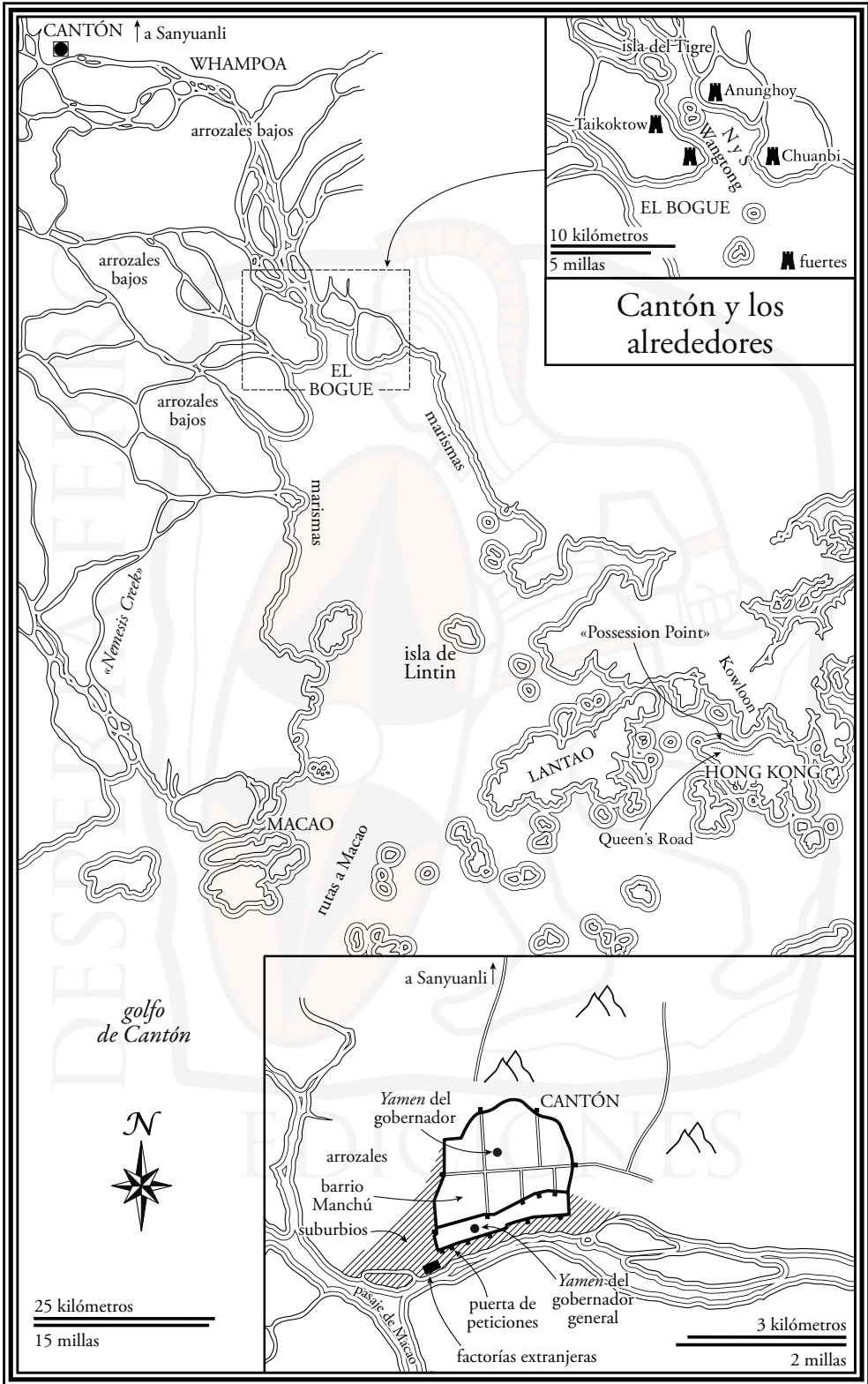
500 kilómetros
400 millas

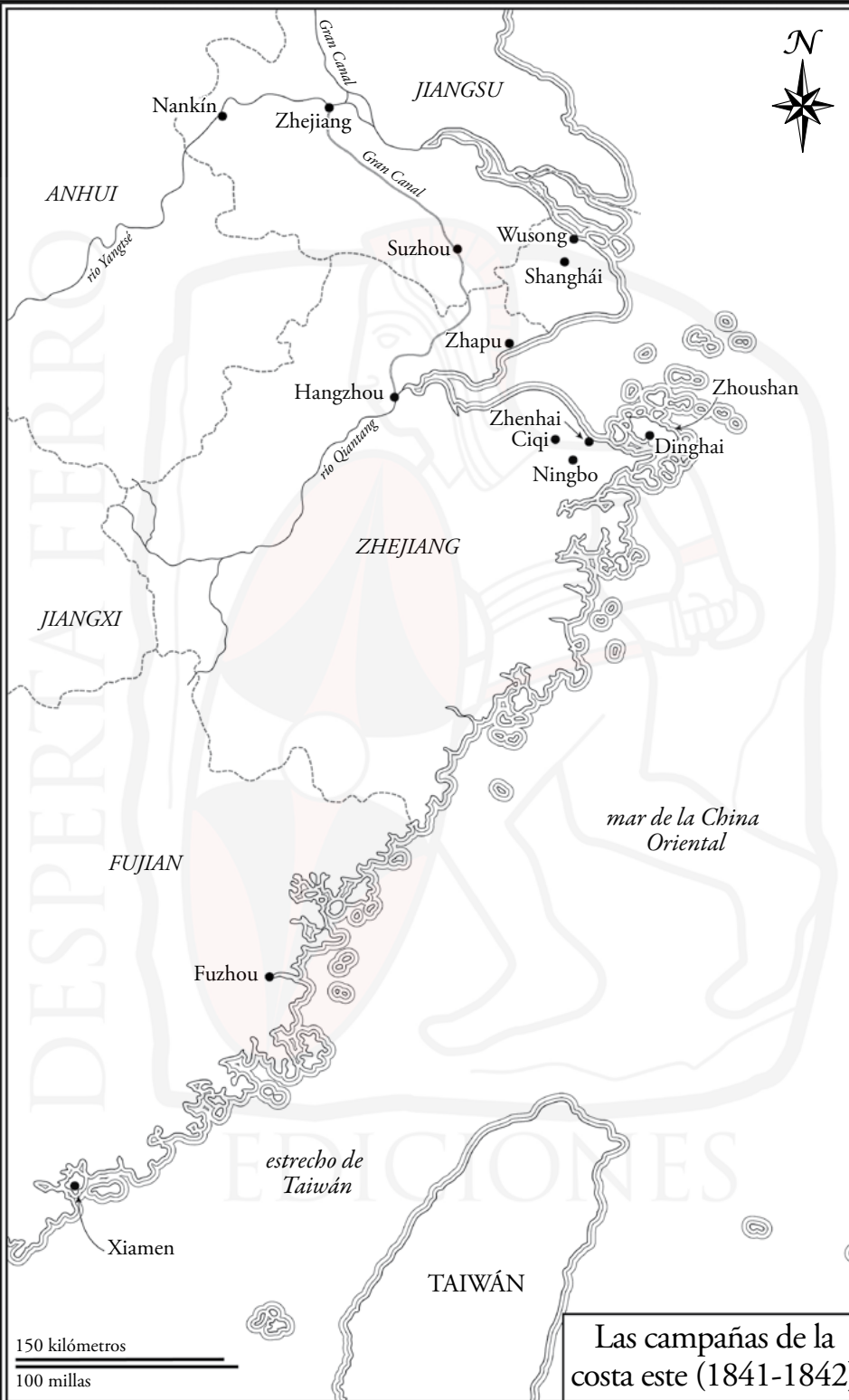
- - - Límites del Imperio Qing, ca. 1800
 ■ Frontera septentrional de la China actual
 La Gran Muralla después de 1550 (frontera norte de la China Ming)
 - - - Frontera occidental de la China Ming, 1580

El Imperio Qing

Escenarios bélicos de la Guerra del Opio, 1839-1942







150 kilómetros
100 millas

Las campañas de la
costa este (1841-1842)



鴉片戰爭

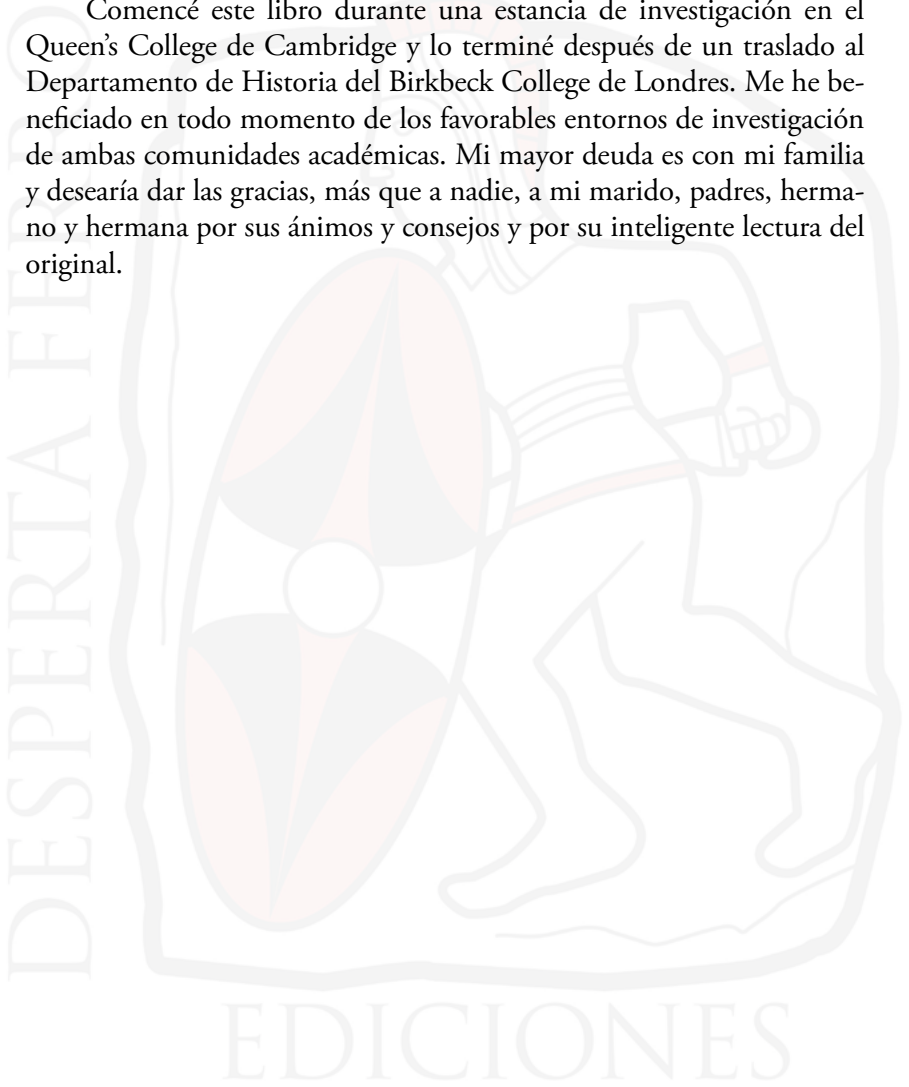
AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a mi agente, Toby Eady, por darme la oportunidad de convertir esta idea en un libro y por su apoyo durante todo el proceso de escritura. Muchas gracias también a Jaime Coleman y Samar Hammam por su atenta y sagaz lectura del primer borrador. Frank Dikötter, Lars Joyce Madancy, Rana Mitter y Jeffrey Wasserstrom dedicaron tiempo a leer el original en momentos muy atareados del año; esta obra se ha beneficiado en gran medida de sus intervenciones. Estoy muy agradecida a Brian Callingham por su asesoramiento farmacológico relativo a opiáceos, así como a Sean Brady por su orientación acerca de la política británica decimonónica. Finlay McLeod y Evan Osnos me ayudaron mucho con las fuentes. Sam Humphreys y Nicholas Blake fueron meticulosos editores y Zhang Ruihua tuvo la gentileza de proporcionar su caligrafía.

Llevé a cabo la investigación principal para el libro en el invierno de 2007, cuando fui profesora visitante en el Departamento de Historia de la Universidad de Beijing. Debo una enorme gratitud a los miembros del departamento por la generosa ayuda y apoyo que me brindaron: en particular a los profesores Guo Weidong y Mao Haijian. Sus estudiantes Liang Mingling y Li Kunrui fueron de valiosísima ayuda con las fuentes clásicas chinas. Como se verá en mis notas, mi comprensión y análisis de

las fuentes primarias chinas de la Guerra del Opio se basan, en no poca medida, en referencias al *Tianchao de bengkui* de Mao Haijian y a sus consejos acerca de los materiales chinos de archivo de esta contienda. He tratado de reconocer esto, en la medida de lo posible, en mis notas a pie de página. Mis disculpas si he omitido algún nombre sin querer.

Comencé este libro durante una estancia de investigación en el Queen's College de Cambridge y lo terminé después de un traslado al Departamento de Historia del Birkbeck College de Londres. Me he beneficiado en todo momento de los favorables entornos de investigación de ambas comunidades académicas. Mi mayor deuda es con mi familia y desearía dar las gracias, más que a nadie, a mi marido, padres, hermano y hermana por sus ánimos y consejos y por su inteligente lectura del original.





鴉片戰爭

PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

Opio: el imperio olvidado de Gran Bretaña

El lector podría preguntarse por qué una autora británica ha hecho un nuevo libro acerca de la Guerra del Opio cuando ya existen muchas obras excelentes y exhaustivas de eruditos chinos y occidentales en torno a ese trágico suceso. De hecho, mientras escribía mi libro, los estudiosos anteriores me inspiraron y me fueron de gran ayuda: en particular, el fascinante y sugestivo estudio *The Collapse of an Empire*, con su amplia gama de archivos en chino y en inglés. De los estudios en lengua inglesa, aprendí mucho de las obras de James Polachek, *The Inner Opium War*, y de Frederick Wakeman, *Strangers at the Gate*.

Al tomar la decisión de escribir mi propio libro me motivó la enorme divergencia existente entre las visiones populares de la guerra de chinos y británicos: quería recordar a los olvidadizos lectores británicos el pasado narcotraficante de nuestro país.



Hoy, numerosos británicos sienten una inmensa vergüenza por el pasado colonial de su país. Son tantos y tan terribles los episodios imperiales que echarnos en cara: el comercio de esclavos, las incontables masacres de pueblos indígenas casi desarmados, acribillados por las ametralladoras Maxim; siglos de racismo institucionalizado. Sin embargo, en comparación con otras fechorías coloniales, hay un trazo sucio del imperialismo británico que suele pasarse por alto: el opio. Ese narcótico enormemente adictivo que financió al Imperio británico durante los siglos XVIII y XIX.

El imperio de la Gran Bretaña victoriana, que se expandió de modo tan prodigioso en el transcurso del siglo XIX, se enorgullecía de su superioridad cristiana sobre aquellos a los que conquistaba. Y, sin embargo, buena parte de este imperio —uno que convirtió a Gran Bretaña en una opulenta potencia global— se construyó sobre el dinero de la droga; sobre los beneficios del monopolio británico del opio en la India. Cuando los británicos se hicieron con el control de Bengala en la segunda mitad del siglo XVIII establecieron de inmediato un monopolio sobre la producción de opio del lugar, que obligó a los campesinos indios a firmar contratos para cultivar amapolas. Una vez lista la cosecha, la savia cruda de opio se procesaba en fábricas gestionadas por los británicos, empacada en cajas de madera de mango y vendida —por un cuantioso margen— en China.

Gran Bretaña hizo algo más que obtener provecho de la droga: también libró guerras en su defensa. En 1839-1842 y en 1856-1860 organizó expediciones contra la negativa del Gobierno chino a legalizar el contrabando de opio —en el transcurso del cual Gran Bretaña ocupó buena parte de lo que hoy es el territorio de Hong Kong—, mientras sostenía que su principal propósito era abrir China al libre comercio. La historia del narcotráfico de Gran Bretaña en Asia, y de las contiendas que combatió por el opio, es un relato de oportunismo e hipocresía chocante, en el que políticos, mercaderes y soldados involucraron su lucha por proteger un comercio ilegal de narcóticos bajo las banderas de la civilización y el progreso.

El opio era importante para el Imperio británico por muchas razones. Se canjeaba por plata en el sur de China, la cual servía para comprar té para la población británica. En consecuencia, la droga revirtió el déficit comercial de Gran Bretaña con Asia y costeó la adicción británica al té; a su vez, los aranceles del té adquirido por los británicos cubrieron buena parte de los costes de la Royal Navy. Bien entrada la década de 1850, las ventas de opio en China sostenían al Raj en India y generaban

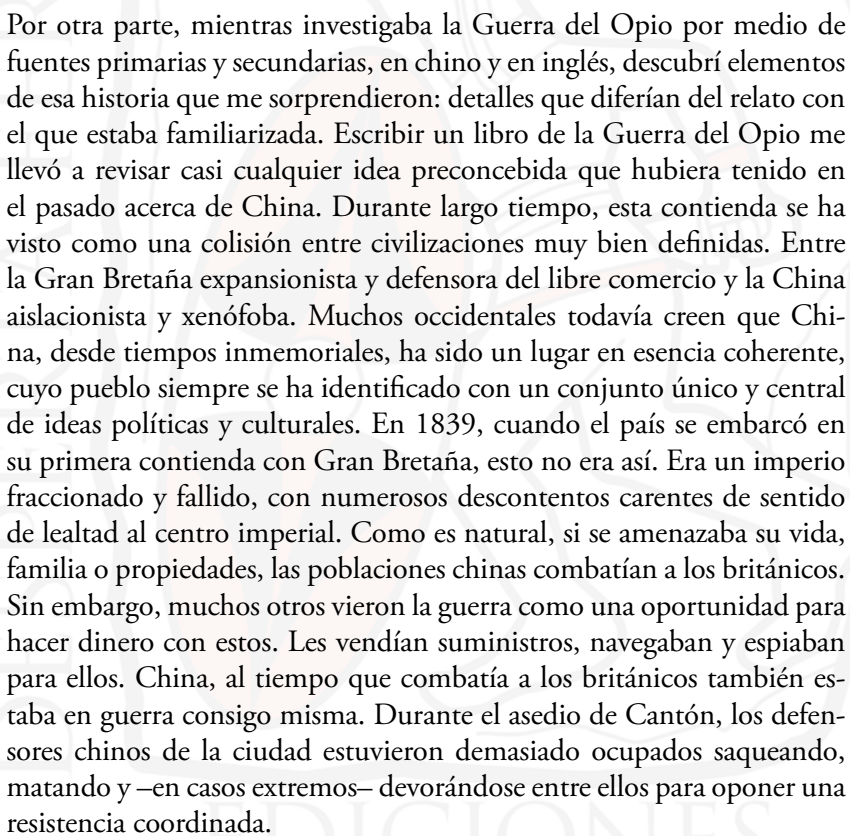
la plata que Gran Bretaña empleaba para comerciar por el océano Indico. Una cuidadosa gestión de la producción del opio generó la mayor parte de los ingresos estatales de Singapur en el siglo XIX.

Así y todo, considero que Gran Bretaña se ha esforzado mucho por olvidar que hubo un tiempo en que libró dos guerras del opio con China. Es muy posible aprobar el temario de historia, tanto en la escuela como en la universidad, sin encontrarlas. La amnesia británica de esos conflictos comenzó pronto. En torno a 1900, algunos textos escolares británicos dejaron sin más de mencionar la Primera Guerra del Opio al hablar de Hong Kong y de los confines orientales del imperio: la isla, escribieron, fue «adquirida» en 1842. Desde la Segunda Guerra Mundial, el pasado colonial de Hong Kong ha sido borrado poco a poco, conforme el territorio se iba reinventando en un desenfrenado centro financiero global. En 1991, el sesquicentenario de Hong Kong, fundado en 1841 por las cañoneras británicas, pasó sin ser conmemorado. Los discursos de despedida de los dignatarios británicos en la entrega de 1997 evitaron toda mención al opio, o a los conflictos librados en su defensa.

En Londres, las huellas del pasado narcotraficante de Gran Bretaña también se han ignorado. Durante todo el siglo XIX, y buena parte del XX, los enormes muelles de la capital situados al este de la ciudad recibieron exóticos productos de todo el imperio: especias, índigo, sedas, alfombras persas, tabaco, café. Los muelles de la India oriental —que recibían cargamentos de té de China— constituían uno de los vértices de un triángulo comercial de crucial rentabilidad —compuesto por opio, plata y té— entre la India, China y Gran Bretaña. En la actualidad, sin embargo, los antiguos muelles de la India oriental —que en su apogeo decimonónico podían atender a cientos de naves a la vez, muchas de ellas cargadas de té de la China pagado con opio indio— son ruinas improductivas, han sido repoblados por aves silvestres o han sido reconvertidos en bloques de apartamentos inteligentes de vidrio y acero.

No obstante, esta es una historia que aún tiene poderosos ecos en la política global. Si Gran Bretaña se ha mostrado olvidadiza —ya sea de forma deliberada o por pereza— de su pasado como mercader de opio, en la China continental el recuerdo de su comercio y de las Guerras del Opio no podría ser más diferente. Allí, las Guerras del Opio —que los escolares estudian en libros de texto, museos, memoriales y películas— señalan el comienzo del patriotismo chino moderno. Se ven como el inicio de una conspiración occidental para destruir el país con drogas y violencia; iniciaron el terrible «siglo de humillación» de China, acosada

por Occidente y Japón, y la batalla de China por erigirse en una nación fuerte y moderna. Para entender el problemático nexo actual de China con Occidente —una de las relaciones diplomáticas clave de la geopolítica contemporánea— el lector occidental ha de comprender el modo en que China recuerda las Guerras del Opio y el papel de Gran Bretaña en esos conflictos.



Por otra parte, mientras investigaba la Guerra del Opio por medio de fuentes primarias y secundarias, en chino y en inglés, descubrí elementos de esa historia que me sorprendieron: detalles que diferían del relato con el que estaba familiarizada. Escribir un libro de la Guerra del Opio me llevó a revisar casi cualquier idea preconcebida que hubiera tenido en el pasado acerca de China. Durante largo tiempo, esta contienda se ha visto como una colisión entre civilizaciones muy bien definidas. Entre la Gran Bretaña expansionista y defensora del libre comercio y la China aislacionista y xenófoba. Muchos occidentales todavía creen que China, desde tiempos inmemoriales, ha sido un lugar en esencia coherente, cuyo pueblo siempre se ha identificado con un conjunto único y central de ideas políticas y culturales. En 1839, cuando el país se embarcó en su primera contienda con Gran Bretaña, esto no era así. Era un imperio fraccionado y fallido, con numerosos descontentos carentes de sentido de lealtad al centro imperial. Como es natural, si se amenazaba su vida, familia o propiedades, las poblaciones chinas combatían a los británicos. Sin embargo, muchos otros vieron la guerra como una oportunidad para hacer dinero con estos. Les vendían suministros, navegaban y espiaban para ellos. China, al tiempo que combatía a los británicos también estaba en guerra consigo misma. Durante el asedio de Cantón, los defensores chinos de la ciudad estuvieron demasiado ocupados saqueando, matando y —en casos extremos— devorándose entre ellos para oponer una resistencia coordinada.

Consideramos que la guerra produce respuestas excepcionales: patriotismo, valentía y brutalidad extraordinaria. Y, sin embargo, los errores habituales cometidos en las anodinas épocas de paz también persisten en las contiendas. Durante la Guerra del Opio, los urgentes costes humanos y materiales del conflicto no impidieron trágicos actos de descuido burocrático. Mientras moría gente y se destruían ciudades, los hombres

que dirigían la guerra en China ocultaban o perdían ejemplares con las demandas bélicas británicas; le contaban al emperador mentiras descaradas relativas a victorias extraordinarias que, en realidad, eran derrotas; un general estaba catatónico a causa del opio cuando tendría que haber estado dirigiendo batallas. Dos años y medio desde el inicio de la guerra que le había costado a su administración decenas de millones de onzas de plata y millares de vidas, el emperador escribió una carta asombrosamente vaga a uno de sus mandatarios en primera línea: ¿dónde, quería saber, de hecho, estaba Inglaterra?

Al escribir este libro, por tanto, tenía dos metas. Quería despertar a los lectores británicos de su amnesia acerca del pasado de nuestro país, que se enriqueció gracias al opio. Pero también quería describir, al menos en parte, la enorme complejidad de la guerra. Muchas de mis fuentes primarias en lengua inglesa, escritas por soldados de la Gran Bretaña victoriana que combatieron en la guerra, presentan la acción como una ordenada y quirúrgica operación militar. Mas las guerras nunca son así: están repletas de sufrimiento, oportunismo, errores, mentiras y caos. El estudio de la Guerra del Opio nos ofrece una plétora de revelaciones: de la historia de China y de Gran Bretaña, de traumas personales y choques culturales, de cómo gobiernos y sociedades funcionan o son disfuncionales y de los compromisos, pasos en falso, engaños y tragedias que las personas generan en situaciones desesperadas.

Julia Lovell
Marzo de 2026

DESPE

EDICIONES

鴉片戰爭

PREFACIO

El 8 de noviembre de 2010, David Cameron, primer ministro británico, viajó a China con una nutrida embajada. Le acompañaban cuatro de sus principales ministros y una cincuentena de altos ejecutivos, todos ellos dispuestos a firmar con el país asiático acuerdos comerciales valorados en millones de libras –a cambio de productos que iban del *whisky* a los reactores, desde cerdos a servicios de mantenimiento de alcantarillado–. Para cualquier persona familiarizada con la historia de las relaciones anglochinas, la iniciativa pudiera suscitar recuerdos infortunados. Las dos primeras misiones ávidas de comercio enviadas a China –en 1793 y 1816– resultaron en conflicto y frustración porque sendos embajadores –los dos británicos orgullosos– se negaron a postrarse ante el emperador Qíng. De modo indirecto, ambos fiascos provocaron décadas de conflictos intermitentes entre ambos países, toda vez que Gran Bretaña abandonó la negociación y la sustituyó por la diplomacia de cañoneras, con el fin de abrir los mercados chinos a sus mercancías... la principal de las cuales era el opio.

A pesar de las alegres instantáneas de David Cameron recorriendo sonriente la Gran Muralla acompañado de escolares, la visita de 2010 no estuvo exenta de dificultades. El 9 de noviembre, Cameron y compañía se presentaron a la ceremonia oficial de bienvenida en el Gran Salón del Pueblo en la plaza de Tiananmen. Al parecer, un funcionario chino les

pidió que se quitaran las amapolas* del Día del Recuerdo, pues decían que estas evocaban las dolorosas reminiscencias de la Guerra del Opio, que enfrentó a británicos y chinos entre 1839 y 1842.


Por lo visto, alguno de los integrantes del comité de recepción chino se había tomado muchas molestias para ofenderse en nombre de sus 1300 millones de compatriotas –en primer lugar, las amapolas del Día del Recuerdo se inspiran, claramente, en las amapolas silvestres, no en las de opio–. Ciertos sectores del internet chino –que, desde el inicio de su existencia, hará unos quince años, albergan a un nacionalismo extrairritable– respondieron con ira. «Siendo mandatarios del mayor imperio de la historia de la humanidad –recordó un internauta–, los británicos protagonizaron, o desencadenaron, un gran número de guerras inmorales, como las Guerras del Opio, que los chinos conocen tan bien». «¿A quién abofetea el primer ministro inglés cuando insiste con tanta soberbia en lucir su amapola? –se preguntó un bloguero–. ¿Cómo invadieron China los ingleses? Con opio. ¿Cómo lograron los ingleses hacerse ricos y poderosos? Gracias al opio».

En Gran Bretaña, mientras tanto, los dirigentes del país explotaron de inmediato el incidente: nuestros firmes ministros, informaron, se negaron a aceptar las peticiones de los chinos. «Les hicimos saber que las amapolas son muy importantes para nosotros –dijo un miembro de la comitiva del primer ministro– y que las llevaríamos igualmente». (En años recientes, las actividades del Día del Recuerdo han sido infectadas por politiquería; los tabloides de derechas arremeten contra personajes públicos sorprendidos sin una amapola en la solapa. En noviembre de 2009, el líder de la oposición por aquel entonces, David Cameron, y el primer ministro, Gordon Brown, aprovecharon esta conmoración para enzarsarse en calculadas manifestaciones en las que los dos rivalizaban por hacerse fotografiar depositando coronas florales en homenaje a los muertos). En ciertos sectores de la prensa británica el incidente fue interpretado como una repetición de los choques de 1793 y 1816: la pequeña y valiente Gran Bretaña volvía a rehusar doblegarse a las imperiosas exigencias del gigante chino.

* N. del T.: La amapola simboliza el recuerdo de los caídos de la Commonwealth en las dos guerras mundiales y ornamenta edificios, plazas y trajes durante el *Remembrance Day*, «Día del Recuerdo» o «Día del Armisticio», cada 11 de noviembre. La amapola hace alusión al poema de 1915 del teniente coronel canadiense John Macrae «In Flanders Fields» [En los campos de Flandes], acerca de los caídos de la Gran Guerra: «Jamás descansaremos, aunque florezcan las amapolas/en los campos de Flandes».

En realidad, detrás de todo esto, las reacciones al incidente fueron más matizadas. Para empezar, pese a los titulares exaltados de la prensa británica, «David Cameron rechaza la petición china de retirar las “ofensivas” amapolas», fue difícil precisar qué integrante concreto del Gobierno chino se había quejado. Más allá de la expresión habitual de indignación, como los ejemplos arriba mencionados, la ciberesfera y la prensa china no se mostraron particularmente irritadas. Internautas y periodistas hablaron con tranquilidad acerca del significado simbólico de exhibir amapolas e incluso lamentaron que China careciera de conmemoraciones similares a sus víctimas de guerra. En Gran Bretaña, en general, el público también dio una respuesta moderada. Los comentarios de los lectores al reportaje del incidente en el patrioterio diario británico *Daily Mail* mostraban cierta empatía e incluso pinceladas de culpabilidad. «Solo porque [llevar amapolas] sea importante en Gran Bretaña, no significa que tenga el mismo sentido en todo el mundo. No me cabe duda de que muchos de nuestros compatriotas británicos son profundamente ignorantes de la importancia en China de la historia china [...] en particular la Guerra del Opio [...] no es de extrañar que estén un tanto sensibles al respecto».

La polémica de las amapolas de David Cameron solo es uno de los ejemplos más recientes de las disputas, malentendidos y distorsiones que la Guerra del Opio ha generado a lo largo de los últimos 170 años. Desde que se combatió, políticos, soldados, misioneros, escritores y contrabandistas, de dentro y de fuera de China, han relatado y reinterpretado el conflicto una y otra vez al servicio de sus intereses. En China, se ha demonizado en público como el primer y emblemático acto de agresión occidental: como el inicio de una lucha nacional contra una conspiración extranjera para humillar al país con drogas y violencia. En naciones como Gran Bretaña, mientras tanto, la guerra transformó las percepciones predominantes del Reino Medio: China se convirtió, a ojos de los occidentales, en un imperio arrogante y fosilizado al cual la diplomacia de cañoneras arrastró, por su bien, al mundo moderno. La realidad del conflicto –una maraña de emperadores sobrecargados de trabajo, generales mendaces y colaboracionistas pragmáticos– es mucho más caótica y mucho más interesante. El presente libro es la historia de la extraordinaria contienda que lleva perturbando las relaciones chinooccidentales desde hace casi dos siglos.



鴉片戰爭

Nota acerca de los nombres chinos y su adaptación al alfabeto latino

En los nombres chinos, se dice primero el apellido, seguido del nombre. Por tanto, en el caso de Liang Qichao, Liang es el apellido y Qichao el nombre de pila.

He utilizado el sistema de adaptación pinyin en todo el texto, con la salvedad de unas pocas palabras más conocidas fuera de China con otra forma, como por ejemplo Chiang Kai-shek (Jiang Jieshi en pinyin). Además, en ocasiones, he utilizado los viejos términos decimonónicos de algunos topónimos chinos (por ejemplo, Cantón para la ciudad conocida en chino mandarín como Guangzhou), con el fin de reducir la confusión resultante de emplear más de un nombre en el texto principal y en las citas de las fuentes primarias. También lo hice porque los historiadores de habla inglesa siguen denominando «sistema de Cantón» a las normas que, con anterioridad a 1839, regían el comercio europeo con China. Para ello desarrolló una forma simplificada de comunicación conocida como *pidgin* de Cantón que mezclaba, principalmente, inglés con estructuras chinas. El ejemplo típico de esto es: «No can do», es decir, «no se puede hacer» [*Can't be done*, en inglés]. No se trataba de un idioma oficial, sino práctico, que se usaba en el día a día comercial.

LA GUERRA DEL OPIO

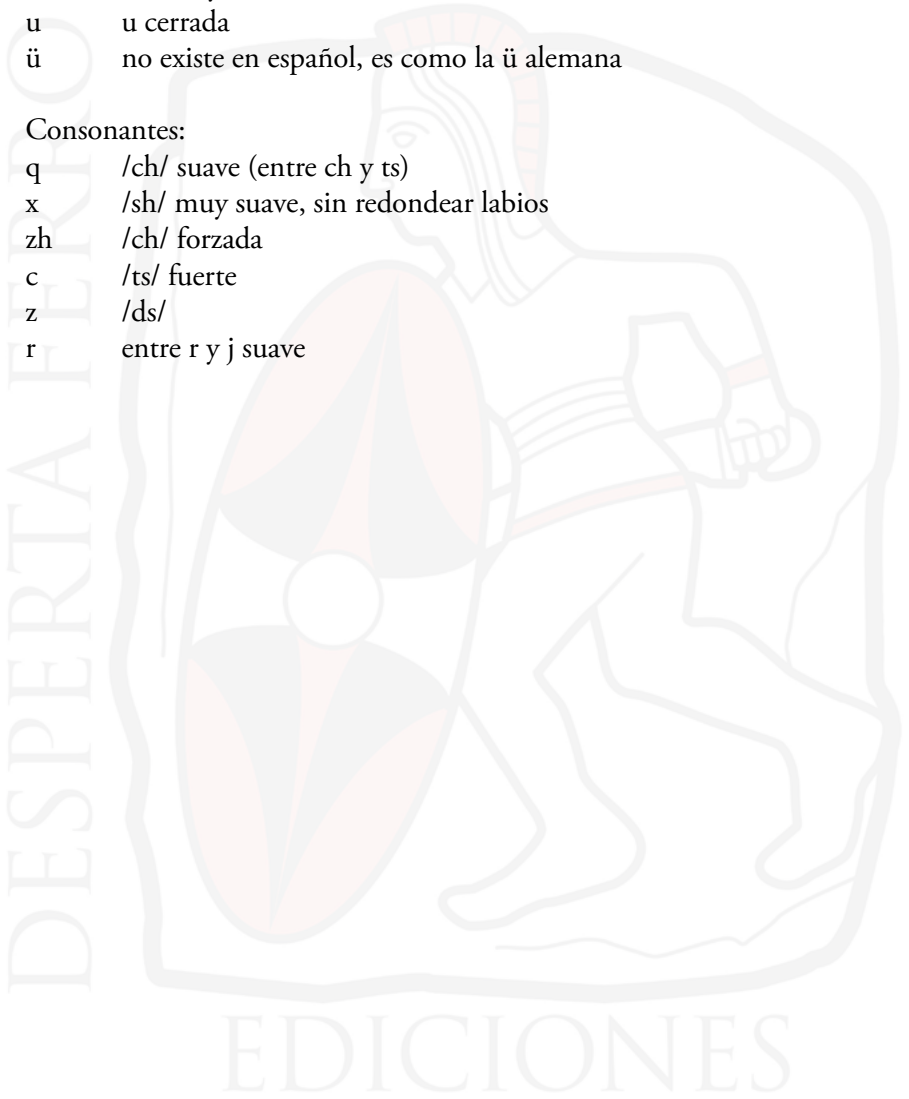
En pinyin, la pronunciación aproximada en castellano es:

Vocales:

- i a veces como i, a veces como e cerrada
- e entre e y o
- u u cerrada
- ü no existe en español, es como la ü alemana

Consonantes:

- q /ch/ suave (entre ch y ts)
- x /sh/ muy suave, sin redondear labios
- zh /ch/ forzada
- c /ts/ fuerte
- z /ds/
- r entre r y j suave





鴉片戰爭

Cronología de la historia china contemporánea y de la Guerra del Opio

1644

Suicidio del último emperador Ming. Los manchúes entran en Pekín y fundan el Imperio Qing de la China.

1661

Ascenso al trono del emperador Kangxi.

1683

Los Qing ocupan Taiwán.

1690-1750

Los Qing conquistan Asia Central.

Comienzos de la primera década del XVIII

Los chinos comienzan a fumar tabaco bañado en sirope de opio.

1720

Fundación en Cantón del *Hong*, un gremio de mercaderes con monopolio sobre el comercio con los europeos.

LA GUERRA DEL OPIO

1722

Ascenso al trono del emperador Yongzheng.

1729

Primera prohibición del opio de los Qing.

1735

Ascenso al trono del emperador Qianlong.

1757

Conquista británica de Bengala.

1760

El comercio europeo con China se limita a Cantón.

1792-1793

Jorge III envía a China una misión comercial liderada por lord Macartney.

1793

El Gobierno británico establece el monopolio sobre la producción de opio en Bengala.

1799

Muerte del emperador Qianlong. El emperador Jiaqing toma el poder y purga a Heshen.

1816-1817

Viaje a China de una segunda embajada británica encabezada por lord Amherst.

1820

El emperador Daoguang asciende al trono tras la muerte de su padre, Jiaqing.

1832

Se descubre que muchos de los soldados del contingente Qing derrotado por los aborígenes rebeldes de Guangdong son adictos al opio.

1833

Abolición del monopolio de la Compañía Británica de las Indias Orientales sobre el comercio de China.

1834

Lord Napier fallece en el sur de China en pleno conflicto con las autoridades cantonesas.

1836-1838

Se intensifican en la corte Qing el debate en torno al opio y la escalada de medidas legales contra los contrabandistas de opio.

1838

Lin Zexu, uno de los líderes del partido a favor de la prohibición del opio, es convocado a una audiencia con el emperador y enviado a Cantón a suprimir el contrabando de droga.

1839

Marzo. Lin Zexu llega a Cantón y amenaza con ejecutar a los contrabandistas extranjeros si no entregan sus reservas de opio. El superintendente británico de Comercio, Charles Elliot y la comunidad extranjera quedan recluidos en las factorías. Tres días después del inicio del sitio, Elliot acepta entregar todo el opio extranjero a Lin, que empieza a destruirlo en mayo.

Abril-septiembre. Prosigue la disputa diplomática por el rechazo británico a firmar un documento en el que se comprometen a renunciar al tráfico de opio y por la negativa de Elliot a entregar a los tribunales Qing a unos marineros implicados en la muerte accidental de un chino de la zona, Lin Weixi. Los buques británicos se marchan y ocupan, *de facto*, Hong Kong.

Agosto. Llega a Inglaterra la noticia del bloqueo de las factorías extranjeras ordenado por Lin.

Septiembre-octubre. El consejo de ministros, reunido en Windsor, acuerda enviar una expedición a China.

Septiembre-noviembre. Batallas de Kowloon y Chuanbi. Primer intercambio de disparos entre buques de guerra británicos y chinos.

1840

Abril. Debate parlamentario acerca de la gestión del Gobierno *whig* de la cuestión China. El Ejecutivo gana por poco una moción a favor de la guerra.

Junio. Se concentra un contingente británico frente a las costas de Macao; Charles Elliot ejerce de plenipotenciario junto con su primo George Elliot.

Julio. Los británicos ocupan el archipiélago de Zhoushan y su localidad principal, Dinghai, en la costa oriental.

Agosto. La expedición británica alcanza la embocadura del Beihe, cerca de Pekín, y entrega una carta de lord Palmerston.

Septiembre-octubre. El sustituto de Lin Zexu, Qishan, persuade a los británicos para que regresen a Cantón a negociar.

1841

Enero. Ruptura de las negociaciones. Los fuertes que protegen la ruta fluvial a Cantón se hunden ante el ataque británico. Elliot y Qishan acuerdan el Tratado de Chuanbi, que cede Hong Kong y 6 millones de dólares a los británicos. Tanto el Gobierno Qing como el británico rechazan el acuerdo.

Febrero. Las tropas británicas se retiran de Zhoushan, en cumplimiento del tratado no ratificado de Chuanbi. Se reemprenden los combates al sur de Cantón.

Marzo. La expedición británica llega a las factorías extranjeras en los arrabales meridionales de Cantón. Se reanuda el comercio chinooccidental. Qishan es arrestado, encadenado y llevado a Pekín, donde se le juzgará por ceder Hong Kong a los británicos. Le reemplazan en su cargo de Cantón Yishan, primo del emperador, y un general, Yang Fang.

Mayo. Yishan lanza un contraataque contra los británicos. El asalto fracasa y los británicos, en represalia, exigen un rescate por Cantón. Tras unas escaramuzas entre los británicos y los aldeanos de la zona —el «incidente de Sanyuanli»—, las autoridades cantonesas pagan el rescate por la ciudad y ordenan la disolución de las milicias locales. Palmerston destituye a Elliot del cargo de plenipotenciario y le sustituye por *sir* Henry Pottinger.

Agosto. Pottinger llega a Hong Kong. La expedición vuelve a remontar la costa oriental y toma Xiamen.

Octubre. Los británicos vuelven a tomar Dinghai, seguida de Zhenhai y Ningbo, donde la fuerza británica pasa el invierno.

1842

Marzo. Fracaso del contraataque Qing contra los británicos —dirigido por Yijing, sobrino del emperador— en la costa oriental.

Mayo-agosto. La fuerza británica se embarca en su campaña final por el Yangtsé. Caen las guarniciones manchúes de Zhapu y Zhenjiang, con elevadas pérdidas de vidas humanas.

Julio-agosto. El emperador Daoguang autoriza a dos miembros del clan imperial, Qiying y Yilibu, a actuar como plenipotenciarios y negociar la

paz en Nankín. El 29 de agosto, a bordo del HMS Cornwallis, se acuerda el Tratado de Nankín. Sus principales cláusulas incluyen: el pago de una indemnización de 21 millones de dólares, la apertura de cinco puertos –Cantón, Xiamen, Fuzhou, Ningbo y Shanghái–, relaciones diplomáticas en pie de igualdad, derecho británico a instalar consulados en cada uno de los cinco puertos y cesión de Hong Kong a los británicos.

1842-1856

Crece la tensión entre británicos y chinos a causa de la negativa de los cantoneses a aceptar la entrada de los británicos en la ciudad.

1850-1864

La revuelta de los Taiping causa decenas de millones de muertos en China.

1856

Ye Mingchen, gobernador de Cantón, arresta la dotación de la lancha Arrow bajo sospecha de piratería. El cónsul en funciones Harry Parkes aprovecha la ocasión para despachar una flota desde Hong Kong y bombardear Cantón.

1857

Disolución del Gobierno de Palmerston después de perder un debate parlamentario acerca de la posibilidad de hacer la guerra a China. En las «elecciones chinas», Palmerston arrasa y vuelve al poder. Una fuerza conjunta anglofrancesa, al mando del plenipotenciario lord Elgin, parte a la guerra contra China. La campaña se retrasa a causa de la necesidad de enviar efectivos a la India para reprimir el motín de los cipayos.

1858

La fuerza anglofrancesa toma Cantón y captura a Ye Mingchen. Lord Elgin firma el Tratado de Tianjin con los negociadores Qing.

1859

Reinicio de las hostilidades. Fuerzas Qing abren fuego contra una flota británica que navegaba hacia Pekín a ratificar el nuevo tratado.

1860

Lord Elgin lidera una segunda expedición al norte de China. Un grupo de negociadores es retenido y capturado. En represalia, Elgin ordena quemar el Yuanmingyuan –palacio de verano– al noroeste de Pekín. Se ratifica un nuevo tratado, el de Pekín. Este obtiene de los Qing una cuantiosa

LA GUERRA DEL OPIO

indemnización, abre el interior de China a las actividades comerciales y misioneras de los occidentales y legaliza el opio.

1882

Estados Unidos impone la Ley de Exclusión China para detener la inmigración china al país.

1860-1890

En el marco del «Movimiento de Autofortalecimiento», China intenta modernizar sus ejércitos y armadas con ciencia y tecnología occidentales.

1894-1895

A la conclusión de la Primera Guerra Chino-Japonesa, China cede Taiwán a Japón.

1898

Los conservadores Qing desencadenan una sangrienta represión contra la «Reforma de los Cien Días», defendida por intelectuales favorables a Occidente como Kang Youwei y Liang Qichao.

1900

El Levantamiento de los bóxers ocupa Pekín y pone sitio a las embajadas. El asedio es roto por la llegada de una fuerza aliada de ocho naciones, que obtiene una inmensa indemnización del Gobierno Qing.

1901-1911

Los Qing se embarcan en una serie de reformas modernizadoras y occidentales del Gobierno, Ejército y educación.

1906

El Gobierno Qing emite un nuevo edicto de supresión del opio.

1908

Gran Bretaña firma el Acuerdo Anglochino de supresión del Opio en Diez Años, por el que se compromete a reducir las importaciones de opio a China un 10 por ciento anual, si China reduce un porcentaje similar de su producción nacional.

1911

La revolución republicana derroca a la dinastía Qing.

1912

Sun Yat-sen se convierte en el efímero primer presidente de la nueva república. Poco después dimite de su cargo, que entrega a Yuan Shikai, un antiguo general Qing.

1914

Yuan Shikai disuelve el Parlamento.

1915

Los japoneses presentan a Yuan Shikai sus Veintiuna Exigencias, en las que reclaman la soberanía de parte de Manchuria y Mongolia.

1916

Yuan Shikai se autoproclama emperador. Las provincias de China se declaran independientes de Pekín en señal de protesta. Yuan fallece y el país empieza a fragmentarse entre los diversos enclaves de los señores de la guerra.

1919

El Tratado de Versalles concede a Japón las antiguas posesiones de Alemania en China. En respuesta, estalla el Movimiento del Cuatro de Mayo.

1921

Fundación en Shanghái del Partido Comunista de China. Sun Yat-sen forma en Cantón un Gobierno del Partido Nacionalista.

1923

Tras obtener promesas de apoyo de la Unión Soviética, el Partido Nacionalista forma un Frente Unido con el Partido Comunista de China.

1925

Muerte de Sun Yat-sen.

1926

Parte al norte la expedición contra los señores de la guerra para reunificar el país.

1927

Chiang Kai-shek desencadena en todo el país una purga de comunistas —el «terror blanco»—.

1928

Fundación oficial del Gobierno nacionalista de Chiang Kai-shek en Nankín. Creación del Comité Nacional para la Prohibición del Opio con el objetivo de implementar el Acta de Supresión del Opio del Gobierno chino.

1932

Los japoneses establecen en Manchuria un Estado independiente –Manchukuo–.

1934

Las tropas comunistas rompen el cerco nacionalista de su base soviética de Jiangxi y comienzan la Larga Marcha a Shaanxi. El Gobierno nacionalista empieza a fusilar a usuarios de opiáceos que recaigan en el hábito.

1935

Mao Zedong se erige en líder del Partido Comunista.

1937

Declaración formal de la guerra entre China y Japón. Pierece en la masacre de Nankín una gran cantidad de civiles chinos, puede que centenares de miles. El Gobierno nacionalista de Chiang se ve obligado a retirarse a la capital de emergencia de Chongqing, en China occidental. Los nipones controlan el norte y el este de China.

1945

Derrota japonesa en la Segunda Guerra Mundial.

1949

Victoria comunista en la guerra civil. El Gobierno nacionalista escapa a Taiwán. Mao Zedong proclama la fundación de la República Popular de China.

1956-1957

Breve periodo de apertura política –Movimiento de las Cien Flores–.

1957

La Campaña Antiderechista elimina voces disidentes y reprime las críticas contra el Gobierno.

1957-1958

Gran Salto Adelante. El utópico plan de Mao para superar al Occidente industrial en menos de cinco años y alcanzar el comunismo.

1959-1961

La hambruna provocada por la brutalidad y las medidas del Gran Salto Adelante causa la muerte de, al menos, 30 millones de chinos.

1966

Mao lanza la Revolución Cultural.

1975

Muerte de Chiang Kai-shek en Taiwán.

1976

La muerte de Mao supone el fin oficial de las políticas de la Revolución Cultural.

1978

Deng Xiaoping se erige en sucesor de Mao.

1983

Campaña contra la Contaminación Espiritual de las influencias corruptoras de Occidente.

1989

El Ejército de Liberación Popular reprime con violencia las manifestaciones a favor de la democracia. Jiang Zemin asume la presidencia de la República Popular de China, pero Deng Xiaoping continúa detentando el poder absoluto.

1992

Durante su «gira por el sur», Deng Xiaoping hace un llamamiento a favor de acelerar las reformas de mercado de la economía china.

1994

Establecimiento de la primera red de internet de China.

1997

Fallecimiento de Deng Xiaoping. Jiang Zemin le sucede en la posición de poder supremo. Retorno de Hong Kong a la China continental.

1999

Grandes protestas contra Estados Unidos a causa del bombardeo, por obra de la OTAN, de la embajada china en Belgrado. El Gobierno chino ilegaliza Falun Gong.

2001

La colisión entre un avión espía estadounidense y un caza chino en el espacio aéreo de China causa un grave incidente diplomático entre China y Estados Unidos e indignación nacional en China.

2002-2003

Jiang Zemin comienza el traspaso de poderes a su sucesor, Hu Jintao.

2005

Manifestaciones antijaponesas en las ciudades de toda China.

2008

Estallan violentas protestas en el Tíbet. Manifestantes a favor del Tíbet interrumpen el relevo de la llama olímpica. Los chinos urbanos responden con furia al supuesto sesgo de las noticias occidentales relacionadas con los disturbios tibetanos y el relevo de la antorcha. Unas 12 000 personas fallecen en el terremoto de Sichuan. Pekín alberga los Juegos Olímpicos.

2009

Estallan violentas protestas en Xinjiang. Fricción entre los Gobiernos occidentales y el de China a causa del fracaso de la cumbre del cambio climático de Copenhague. El Ejecutivo chino condena al disidente Liu Xiaobo a once años de reclusión por su participación en la «Carta 08» a favor de la democracia. Ejecución en Urumchi del traficante de drogas Akmal Shaikh.

2010

Google retira sus oficinas de la China continental. Liu Xiaobo recibe el premio Nobel de la Paz. China supera a Japón en el puesto de segunda economía más grande del mundo, por detrás de la de Estados Unidos.

鴉片戰爭

DRAMATIS PERSONAE



Lord Auckland (1784-1849): Gobernador general de la India entre 1835 y 1841. Primo de Charles Elliot.



Sir John Bowring (1792-1872): Cuarto gobernador de Hong Kong. Junto con Harry Parkes, conspiró y agitó en favor de una segunda guerra con China en 1856-1857.



Chiang Kai-shek (1887-1975): Protegido de Sun Yat-sen, líder del Partido Nacionalista, instigador de la purga anticomunista de 1927 y presidente del régimen nacionalista de China y Taiwán a partir de 1928.



Daoguang (1782-1850): Emperador de China durante la Primera Guerra del Opio con Gran Bretaña.

LA GUERRA DEL OPIO



Deng Tingzhen (1776-1846): Gobernador general de Guangdong a finales de la década de 1830. Amigo y aliado de Lin Zexu.



Deng Xiaoping (1904-1997): sucesor de Mao. Presidió la transición de China a la economía de mercado en las décadas de 1980 y 1990. Director de la represión de 1989.



Lord Elgin (1811-1863): Plenipotenciario británico en China durante la Segunda Guerra del Opio.



Charles Elliot (1801-1875): Superintendente de Comercio en China al inicio de la Guerra del Opio. Abogó por el conflicto armado con China. Después de un año como plenipotenciario de la campaña, Palmerston lo destituyó por desobedecer las órdenes oficiales.



Almirante George Elliot (1784-1863): Hasta diciembre de 1840, plenipotenciario en China junto con su primo Charles Elliot.



Guan Tianpei (1780/1781-1841): Almirante de la flota Qing en Cantón y arquitecto de las defensas fluviales del río en la década de 1830. Muerto en la batalla por los fuertes de Cantón, en febrero de 1841.



Guo Songtao (1818-1891): Primer embajador Qing en Londres y energético activista contra el opio.



Karl Gützlaff (1803-1851): Misionero, lingüista excepcional, ayudante de contrabandistas de opio, magistrado en la China oriental bajo ocupación británica y coordinador de espías.



Hai Ling (muerto en 1842): General desequilibrado. Defendió Zhenjiang contra el ataque británico en la primavera de 1842.



Howqua (1769-1843): El comerciante más rico del Hong cantonés de antes de la guerra.



William Hunter (1812-1891): Mercader neoyorquino, comerciante de opio en Cantón y autor de unas nostálgicas memorias de la Cantón prebélica: *The «Fan Kwae» at Canton before Treaty Days*.



William Jardine (1784-1843): Cofundador de Jardine-Matheson, la mayor distribuidora de opio en el Cantón prebélico; lobista a favor de la guerra con China.



Jiaqing (1760-1820): Emperador de China, sucesor del emperador Qianlong; impulsor de varias prohibiciones contra el opio.



Kang Youwei (1858-1927): Reformista radical de finales de la era Qing y mentor de Liang Qichao; tuvo que exiliarse a raíz del fracaso de la «Reforma de los Cien Días» en 1897.



Kangxi (1654-1722): Segundo emperador Qing de China, primero de los tres Qing mayores que dirigieron una enorme expansión de las fronteras y población chinas.



Liang Qichao (1873-1929): Importante periodista radical de finales de la era Qing, celebrado por popularizar ideas nacionalistas y de reforma política.



Lin Zexu (1785-1850): Comisionado imperial en Cantón, enviado en 1839 a suprimir el contrabando de opio.



Granville Loch (1813-1853): Secretario de *sir* Henry Pottinger en las etapas finales de la Primera Guerra del Opio.



Lord Macartney (1737-1806): Líder de la fracasada misión comercial británica de 1793 enviada a China por Jorge III.



Mao Zedong (1893-1976): Líder del Partido Comunista entre 1935 y 1976 y fundador de la República Popular de China.



James Matheson (1796-1878): Junto a William Jardine, cofundador de Jardine-Matheson, la mayor casa de comercio de opio de Cantón antes de la guerra.



William, Lord Napier (1786-1834): Primer superintendente británico de Comercio en China. Falleció en Macao de unas fiebres tras un choque con las autoridades cantonesas.



Niu Jian (muerto en 1858): Gobernador general de Zhejiang durante las etapas finales de la Primera Guerra del Opio.



Lord Palmerston (1784-1865): Secretario de Exteriores británico al inicio de la Primera Guerra del Opio, primer ministro durante el segundo conflicto con China.



Sir Harry Parkes (1828-1885): Instigador de la Segunda Guerra del Opio y negociador jefe en la fase final de la campaña de 1860 en la China del norte.



Sir Henry Pottinger (1789-1856): Plenipotenciario que reemplazó a Charles Elliot en agosto de 1841 y dirigió las negociaciones finales en Nankín; primer gobernador británico de Hong Kong.



Qianlong (1711-1799): después de Kangxi y Yongzheng, el último de los emperadores Qing mayores que reinaron la «era de prosperidad» de China.



Qishan (1790-1854): Aristócrata manchú y sustituto de Lin Zexu en las negociaciones con los británicos del invierno de 1840-1841. Arrestado en marzo de 1841 por ceder Hong Kong a Charles Elliot.



Qiyong (1787-1858): Pariente imperial. Nombrado plenipotenciario para la negociación del Tratado de Nankín de agosto de 1842.



Sax Rohmer (1883-1959): Nacido Arthur Ward, creador de Fu Manchú.



Sun Yat-sen (también Sun Zhongshan) (1866-1925): Líder revolucionario, «padre de la nación china», primer presidente de la República de China e ingeniero del primer Frente Unido de los partidos Nacionalista y Comunista.



Yan Fu (1854-1921): Importante teórico del nacionalismo de finales de la era Qing, celebrado por sus traducciones al chino de textos sociales darwinistas.



Yang Fang (1770-1846): Veterano de las guerras Qing en Xinjiang. En febrero de 1841 fue nombrado comandante de las tropas de Cantón.



Ye Mingchen (1807-1859): Gobernador general de Cantón durante la Segunda Guerra del Opio. Murió en la India prisionero de los británicos.



Yijing (1791-1853): Sobrino del emperador Daoguang. Le ordenaron dirigir la desastrosa contraofensiva en la costa oriental de la primavera de 1842.



Yilibu (1772-1843): Pariente imperial. Nombrado plenipotenciario para la negociación del Tratado de Nankín de agosto de 1842.

LA GUERRA DEL OPIO



Yishan (¿1790?-1878): Primo del emperador Daoguang. Nominado «general supresor de rebeldes» en febrero de 1841. En mayo de ese año, gestionó el pago a los británicos de un rescate por Cantón.



Yongzheng (1678-1735): Emperador de China. Reinó después de Kangxi y antes de Qianlong. Segundo de los tres mandatarios Qing de mayor éxito y autor de la primera prohibición contra el opio.



Yu Buyun (muerto en 1843): Comandante de las fuerzas Qing en la costa oriental, 1841-1842. Ejecutado por Daoguang en 1843 por cobardía e incompetencia.



Yuqian (1793-1841): Comisionado imperial mongol de la costa oriental partidario de guerrear, no de negociar, con los británicos. Responsable de la derrota Qing en Zhoushan y Zhenhai en octubre de 1841.



Zhang Xi (¿?): Ayudante de Yilibu y negociador clave con los británicos en el periodo previo a la firma del Tratado de Nankín en 1842.



鴉片戰爭

INTRODUCCIÓN

En 1832, un miembro de la Cámara de los Lores que respondía al nombre de William Napier perdió su escaño de par* por Escocia y comenzó a buscar un empleo retribuido. En menos de un año surgió algo: superintendente del comercio británico en China, un nuevo cargo gubernamental –con una atractiva remuneración, digna de un embajador, de 6000 libras anuales– sustitutivo del antiguo Comité Selecto de la Compañía Británica de las Indias Orientales, cuyo monopolio sobre el mercado chino había sido abolido en fechas recientes. Pese a que Napier se postuló de inmediato para el puesto, el primer ministro, lord Grey, bloqueó el nombramiento; argumentó que necesitaba la aprobación del Gabinete. Sobre el papel, Napier no era el candidato más válido. Pese a ser un hombre de múltiples talentos: navegación, cría de ovejas –tema del que era una autoridad con textos publicados–, reparar gaitas y tocar la flauta, entre sus habilidades no figuraba la de desenmarañar delicados enredos diplomáticos con uno de los imperios más grandes y sofisticados del mundo.

Por otra parte, Grey no estaba sobrado de candidatos adecuados. El puesto ya había sido rechazado por un veterano de las colonias y futuro gobernador de la India, lord Auckland, quien definió a Cantón –la

* N. del T.: Del inglés *peer*, miembro de la nobleza del Reino Unido.

ciudad de la provincia meridional de Guangdong donde los mercaderes europeos habían quedado relegados desde 1760— «quizá la residencia menos placentera para un europeo sobre la faz de la tierra».¹ Las relaciones británicas con la dinastía manchú de los Qing, señores de China en ese momento, deberían haber sido muy sencillas. Gran Bretaña quería té y otros bienes de interés, como la seda o la porcelana, y los Qing estaban dispuestos a vender. El comercio estaba reglamentado hasta el último detalle. En 1760, el cuarto emperador de la dinastía, Qianlong, delegó el comercio foráneo a un gremio monopolístico de mercaderes cantoneses, que los europeos llamaban *Hong* («compañía», en cantonés). Compras y ventas, aranceles de tránsito, quejas, tarifas aduaneras: todo debía pasar primero por el Hong, el cual podía derivar las quejas irresueltas al funcionario local a cargo del comercio. Este, a su vez, podía remitir la cuestión al gobernador provincial y, desde allí, con el tiempo, podía ir ascendiendo hasta el emperador en Pekín. Para evitarles las molestias de encontrar alojamiento y almacenes en la ciudad de Cantón, el Gobierno chino decretó que los mercaderes europeos debían establecerse durante la temporada de comercio —más o menos de septiembre a enero— en una serie de «factorías» cedidas por el Hong. Situadas, de forma deliberada, fuera de los muros de 10 metros de la ciudad, las factorías proporcionaban a los mercaderes unas 6 hectáreas de espacio habitable y almacenes con vistas al río Perla, que fluía de la ciudad hasta el mar. Fuera de esos meses, los extranjeros debían retirarse al enclave portugués de Macao, a unos 110 kilómetros de distancia, o volver a su país. A los europeos, en suma, les mantenían en todo momento a una prudente y burocrática distancia de las autoridades y de la población.

Aunque existía una relación de desconfianza entre el Gobierno chino y los mercaderes extranjeros, la verdadera fuente de tensión no era la burocracia, sino la economía. Hacia la década de 1780, Gran Bretaña acumulaba un grave déficit comercial: el Ejecutivo chino abastecía sin problema la creciente adicción británica al té y a cambio no quería otra cosa salvo plata. En la India, los beneficios de la Compañía Británica de las Indias Orientales no compensaban los costes de gobernar el país, lo cual hundió aún más la balanza comercial en números rojos. Desde 1780 a 1790, los beneficios combinados del comercio con la India y China apenas restaron 2 millones de libras a la deuda impagada de la conquista de la India, 28 millones.²

Hacia la década de 1820, los británicos creyeron hallar la solución perfecta a su problema: el opio de la India, que los chinos habían empezado a consumir en cantidades crecientes durante las dos décadas preceden-

tes. Entre 1752 y 1800, China obtuvo un beneficio neto de 105 millones de dólares de plata –unos 26,25 millones de libras–; entre 1808 y 1856, 384 millones fluyeron en dirección opuesta. El elemento que desequilibró la balanza fue el *boom* importador del opio. Desde 1800 a 1818, el tráfico anual se mantuvo en una media estable de unas 4000 cajas –cada una contenía alrededor de 140 libras de opio [63 kg]–... hacia 1831, rondaba las 20 000 al año. A partir de 1833, después de que el *lobby* del libre comercio puso fin al monopolio de la Compañía sobre el comercio de té, el mercado fue invadido por comerciantes privados ávidos de té y de beneficios. El medio de obtenerlos era el opio, en cantidades cada vez mayores. Concluida la década, las ventas habían vuelto a duplicarse con creces.³

La mayor parte de los beneficios iba a parar al bolsillo del Gobierno británico, cuyos agentes en Asia controlaban la producción de opio en Bengala. La Compañía Británica de las Indias Orientales no se ensuciaba públicamente las manos llevando la droga a China. Controlaba y gestionaba plantaciones de amapola opiácea en centenares de miles de hectáreas de la India y se ocupaba del procesamiento –el laborioso proceso de cortar las vainas una por una para extraer la goma de opio cruda, secarla en bandejas, comprimirla en tortas y revestirlas con tallos y hojas desecadas y trituradas–. Finalmente, se encargaba de embalar la droga en cajas de madera de mango y llevarla a Calcuta, donde era subastada. A partir de ese momento, la Compañía se lavaba las manos. Comerciantes privados navegaban hacia la costa china, donde anclaban frente a la isla de Lintin, en la embocadura del río Perla. Allí les esperaban con impaciencia vendedores chinos al por mayor, los cuales adquirirían con plata certificados de las oficinas comerciales privadas en Cantón, que intercambiaban por opio; esta plata, a su vez, servía para adquirir té para el mercado británico. Antes de que el té desapareciera en las tazas de los británicos, el Gobierno cobraba sus correspondientes aranceles de importación. Tales impuestos se emplearon con cuidado a lo largo de todo el siglo XIX para cubrir una parte sustancial de los costes de la Royal Navy, que, por descontado, mantenía a flote al Imperio británico.

A primera vista, el intercambio era tan ordenado como el comercio anterior plata-té: una parte tenía algo que vender, la otra tenía, a cambio, algo que el otro quería. Sin embargo, los miembros del Gobierno Qing no estaban más dispuestos a perder plata que sus homólogos británicos unas pocas décadas antes y les preocupaba los efectos corruptores de una cultura de estupefacientes en expansión. Tras un puñado de intentos de represión en el siglo XVIII, la guerra contra la droga del Estado Qing comenzó en serio en la década de 1830 y continuó –de modo intermi-

tente e inconsistente— durante los cien años siguientes. Los vendedores privados de opio de Gran Bretaña también estaban insatisfechos, pues, aunque China podía absorber cualquier cantidad de opio que produjera la India, los controles comerciales de los Qing los relegaron al mercado negro. Aspiraban a una imagen más respetable. Querían comerciar sobre bases «igualmente beneficiosas y honorables» y acceder de modo legal al mercado de China, ya fuera por medio de la legalización del opio, o por la apertura de los puertos a otros bienes británicos, o, a ser posible, de ambas maneras. Para tal fin, durante la década de 1830, empezaron poco a poco a llevar con descaro el tráfico más al norte de la costa.⁴

En su mayor parte, tales mercaderes eran una cuadrilla de piratas, que despreciaban el imperio que les mantenía fuera de sus murallas —o, en todo caso, de la región meridional, poco representativa, que entreveían en Cantón—. Criticaban su burocracia, que consideraban pomposa y sobornable; su determinación de mantenerles, a ellos y a su comercio, a prudente distancia; su antigüedad, sus olores, su falta de cristianismo y de retretes decentes; la ofensiva costumbre china de mirar de hito en hito a los extranjeros; su arrogante incapacidad de fijarse en los extranjeros; y así sucesivamente. Los chinos, tal y como resumió James Matheson, pilar escocés de la comunidad de contrabandistas y cofundador, junto con William Jardine, de la gran casa de opio Jardine-Matheson, eran «un pueblo caracterizado por un grado prodigioso de imbecilidad, avaricia, fatuidad y obstinación [...] Este pueblo extraordinario ha seguido la política de envolverse, a ellos mismos y a todo cuanto les pertenece, en un misterio impenetrable [...] [de] exhibir un espíritu de exclusividad a gran escala».⁵

Matheson y sus colegas compartían su impaciencia con la comunidad de misioneros protestantes. La Sociedad Misionera de Londres envió en 1807 a su primer hombre, Robert Morrison, al sur de China. Poco después de su llegada, le preguntaron si esperaba tener algún impacto espiritual en el país: «No —respondió—, pero espero que Dios sí que lo haga».⁶ Treinta años más tarde, él y sus compañeros apenas podían nombrar o enumerar a un puñado de conversos. Enfermos, deprimidos, bloqueados en los confines del continente, los frustrados misioneros de la década de 1830 se expresaban en términos de puro paternalismo imperialista: «China continúa proclamando su altiva e inalcanzable supremacía y rechaza con desprecio las pretensiones de otras naciones de ser considerada su igual. Solo el cristianismo puede destruir de un modo efectivo este sentimiento de vanidad despreciable. Allí donde han fracasado otros medios, la Palabra triunfará; llevará a los chinos a fraternizar

con el resto de la humanidad [...] [ligándoles] en concordia con las otras partes de su especie, y así sumar nuevos triunfos a los ya alcanzados».⁷

Los misioneros se convirtieron en aliados naturales de los contrabandistas: cuando llegaron por primera vez a las costas chinas, se establecieron entre los mercaderes de opio de la isla de Lintin; les servían de intérpretes a cambio de viajes por la costa, donde repartían folletos mientras se descargaba la droga; y en el *Chinese Repository*, la principal publicación de habla inglesa de Cantón, compartían un foro donde difundir sus ideas acerca de la urgente necesidad de abrir China por cualquier medio. Hacia la década de 1830, tanto mercaderes como misioneros eran partidarios de la violencia. «Cuando un adversario respalda su argumento con fuerza física, [los chinos] pueden ser acomodaticios, gentiles, amables incluso», observó Karl Gützlaff, un fornido misionero pomerano que, durante la Guerra del Opio, lideró la ocupación militar británica de algunas regiones del este de China y dirigía ejércitos de espías y colaboradores chinos.⁸ Cualquier provocación insignificante serviría. En 1831, los comerciantes escribieron al Gobierno de la India con la exigencia del envío de una flota de buques de guerra que vengara la demolición parcial, ordenada por las autoridades chinas, de un jardín que los británicos habían requisado ilegalmente.⁹

El cargo al que aspiraba Napier tenía que supervisar este turbio, aunque muy lucrativo, *modus vivendi*. Su misión era mantener el comercio legal de té mediante importaciones ilegales de droga. Con el tiempo, tras pedir al rey que interviniera a su favor, Napier logró el primer puesto oficial de residente británico en China. El nuevo superintendente tenía una solución simple para las dificultades que le esperaban: someter al país por la fuerza. «El imperio de la China me pertenece —escribió entusiasmado en su diario—. Cuán glorioso sería desplegar un escuadrón de bloqueo en la costa del Celeste Imperio [...] con qué facilidad una goleta provocaría una revolución y les obligaría a abrir sus puertos al mundo del comercio. Aspiro a ser el medio de semejante cambio».¹⁰ Grey se cuidó de advertirle en una misiva privada: «No debe hacerse nada que sacuda los prejuicios [chinos] y encienda sus miedos [...] los medios que emplear deberán ser persuasión y conciliación, no deberá usarse nada que se aproxime remotamente a un tono hostil y amenazador».¹¹ La advertencia cayó en oídos sordos. En el transcurso de sus seis meses de navegación con destino a China, Napier llegó a las siguientes conclusiones: primero, que el té era la clave de los intereses británicos en el país y, segundo, que «todo acto de violencia de nuestra parte ha producido desagrazos inmediatos y otros resultados beneficiosos».¹² Los británicos «deben *usar* la fuerza, no ame-

nazar con ella», se dijo a sí mismo en algún punto más allá de Madeira.¹³ Llegará un momento, decidió Napier mientras su nave surcaba los mares del trópico, en que su necesidad «hará caer sobre ellos el castigo de Gran Bretaña y esta podrá obtener cualquier posición con la mayor facilidad, así como retenerla por los tiempos venideros».¹⁴

Quemado por el sol del sur de China, Napier arribó al puerto de Cantón a las dos de la madrugada del 25 de julio de 1834; al amanecer, la bandera de la Unión ondeaba sobre la antigua factoría de la Compañía Británica de las Indias Orientales. En menos de dos días, rompió seis antiguas normas del comercio anglochino. La principal ofensa fue entrar en Cantón sin pasaporte ni permiso de residencia y tratar de comunicarse directamente por escrito con las autoridades —lo que reafirmaba su igualdad diplomática—, en vez de por medio de los comerciantes designados por el imperio para tratar con extranjeros.

El desprecio de Napier por las normas no le granjeó las simpatías del gobernador general de Cantón, Lu Kun, quien, poco a poco, trató de obligarle a ceñirse a las reglas. Le ordenó ir a Macao y no volver sin un permiso. Irritada por todo este revuelo diplomático —la decisión de Napier de entregar una carta de presentación al gobernador general enredó a los subalternos ingleses y chinos frente a la puerta de la ciudad durante tres horas, bajo el sol de mediodía—, la administración china se permitió una pequeña travesura lingüística. En los edictos públicos, el nombre de Napier estaba escrito con caracteres que, como explicó abochornado el traductor británico, parecían significar «penosamente infame». En respuesta, Napier tachó al gobernador general de «salvaje presuntuoso», hizo repartir, con intención de provocar una rebelión, panfletos en idioma chino que enumeraban los pecados del Ejecutivo local y juró castigar este insulto a la Corona británica. «Tres o cuatro fragatas y corbetas —escribió de inmediato al secretario de Exteriores, lord Palmerston— con un puñado de inalterables soldados británicos [...] solucionarán la cuestión en un espacio de tiempo increíblemente breve. Semejante empresa sería digna de la grandeza y el poder de Inglaterra [...] la gesta se logrará con una facilidad desconocida incluso en la toma de cualquier insignificante isla de las Indias Occidentales».¹⁵

Con toda su irascibilidad hacia las autoridades chinas, a Napier el pueblo chino le inspiró una sorprendente ternura. «Nunca he visto tanta educación —observó transcurridas unas tres semanas de su estancia— o tan poca disposición a obrar de forma insultante o grosera que la que veo a todas horas en este pueblo afanoso y trabajador».¹⁶ Se convenció de que estaban esperando ser liberados de las opresivas autoridades de

China. «Dígale al emperador: adopte esto o aténgase a las consecuencias [...] y se hará [...] preveo que no se perderá ni una sola alma y tenemos la justicia de nuestro lado [...] los chinos están muy ansiosos por comerciar con nosotros». Siempre y cuando el pueblo reciba información suficiente de los agravios británicos, razonó, este «consideraría la llegada de semejante fuerza el feliz medio de su emancipación de un arbitrario sistema de opresión [...] sin duda, sería un acto de caridad tomarles a todos en nuestras manos y no se haría de mala gana».¹⁷

El 2 de septiembre de 1834, la actitud desafiante de Napier llevó a Lu Kun a interrumpir el comercio y a bloquear la factoría británica; menos de una semana más tarde, provocó un conflicto armado. Tras despachar una petición a lord Grey para el envío de un contingente británico desde la India, Napier hizo que las dos fragatas a su mando —estacionadas frente a la costa— remontaran el río hasta Cantón para amedrentar a los chinos. Pero los chinos no se asustaban fácilmente. Los fuertes de la embocadura del río se cañonearon con las fragatas y al menos dos marineros británicos resultaron muertos y otros heridos. Mientras tanto, Lu Kun ordenó hundir tras las fragatas una serie de barcos, con lo que estas —demasiado grandes para seguir avanzando y con la línea de retirada cortada— quedaron bloqueadas. Napier, muy enfermo de malaria, se vio obligado a abandonar Cantón y la factoría británica. En su viaje de retorno a la costa, los vengativos burócratas cantoneses le dejaron una semana flotando en el río Perla, hasta que se confirmó que las fragatas habían regresado al océano. Debilitado por la demora a bordo, Napier falleció en Macao menos de dos semanas después, víctima de unas fiebres.

No importó que numerosos comentaristas británicos opinaran que Napier había actuado con necia violencia y precipitación y que el comercio debía obtenerse por la paz, no por la guerra. Los británicos, en opinión del parlamentario chinófono por Hampshire George Staunton, «desde un punto de vista nacional, estaban total y completamente equivocados».¹⁸ Asimismo, tampoco importó que Napier hubiera violado una norma tras otra, así como que ignorara la mayor parte de sus instrucciones oficiales. Ni tampoco que, hasta que Lu Kun amenazó con decapitarlo por hacer circular panfletos sediciosos contra el Gobierno Qing, la resistencia de las autoridades cantonesas fuera notablemente pacífica. «Supongamos que si un chino —escribió el propio Napier a Palmerston acerca de la controversia de su falta de pasaporte— desembarcara en Whitehall en circunstancias similares, su señoría no le permitiría “merodear”, como ellos me han permitido a mí».¹⁹ Gran Bretaña tenía ahora su primer pretexto para un conflicto abierto con China, si tuviera

intención de usarlo: el hombre del emperador en Cantón había amenazado de muerte al hombre del rey en Cantón; habían arrebatado e insultado vidas, libertades y propiedades británicas, insultos que, insistían los halcones británicos, solo una respuesta armada podrían vengar.

A pesar de todos sus fracasos diplomáticos –y su muerte–, Napier logró un soberbio éxito en dos aspectos: primero, al acercar las relaciones anglochinas a la posibilidad de un conflicto armado, toda vez que el pragmatismo relativamente pacífico fue superado por los codiciosos intereses económicos y por pomposos principios nacionales; y, segundo, al presentar la inclinación británica hacia la guerra como una obligación moral, un «acto de caridad» hacia los chinos que solo sembraría amistad hacia las cañoneras británicas. Pese a que los abogados de la guerra no convencerían a los mandatarios británicos hasta 1839, hasta entonces, sus denuncias de la insufrible arrogancia china se trabajaron sin cesar a la opinión pública británica. Este estereotipo del chino obtuso y hostil a los extranjeros, construido en la época de la Guerra del Opio para justificar la violencia contra el país –los beligerantes chinos, sostenía dicho argumento, nos *obligan* a defendernos–, estuvo presente en las actitudes occidentales hacia el imperio a lo largo de los siglos XIX y XX.²⁰ China, declaró el *Chinese Repository* en los últimos días de 1836, era «una nación que se consuela en una grandiosidad solitaria y hostil, que trata como inferiores a todas las otras naciones, muy superiores en civilización, recursos, coraje, arte y armas [...] es sin duda extraño que todo el entramado del Imperio chino no se derrumbe sobre sí mismo». Un «golpe vigoroso y bien dirigido de una potencia extranjera –y este– se tambaleará sobre la base».²¹

En 1839, el Gobierno chino decidió asestar tal golpe, después de que el Ejecutivo Qing se negara a suministrar a los contrabandistas británicos comida, agua y comercio si estos no se comprometían a detener sus envíos de opio a China y de que el *lobby* mercantil de Cantón solicitara intervenir al secretario de Exteriores Palmerston. El 18 de octubre, Palmerston informó a su hombre en China, el capitán Charles Elliot, de que, al año siguiente, una flota arribaría a China para combatir a los Qing. «Todo el mundo debe regocijarse de que esté aquí semejante fuerza», se pavoneó a finales de junio de 1840 el *Chinese Repository* del sur de China, al observar la partida de las naves expedicionarias hacia su primera guerra con China.²²



En la China actual, la Guerra del Opio es el traumático acto inaugural del devenir contemporáneo del país. Libros de historia, documentales televisivos y museos reiteran una visión general del conflicto que dice más o menos lo siguiente. A principios del siglo XIX, los corruptos mercaderes británicos empezaron a imponer a los consumidores chinos inmensas cantidades de opio indio. Cuando el Gobierno chino declaró la guerra al opio para escapar al desastre moral, físico y financiero que se cernía sobre el imperio a causa de su creciente adicción a la droga, los buques de guerra británicos, con métodos propios de gánsteres, despojaron a China de decenas de millones de dólares y de su independencia económica y política. La diplomacia de cañoneras, el opio y el primer «tratado desigual» de 1842 –seguido de un segundo, en 1860, que concluyó la Segunda Guerra del Opio iniciada en 1856– postraron de rodillas a China –que, hasta finales del siglo XVIII, era, probablemente, la civilización más rica y poderosa del orbe– y redujo a su pueblo a la condición de adictos serviles, incapaces de resistir las sucesivas oleadas de colonizadores europeos, estadounidenses y japoneses.²³ En la actualidad, esta narrativa de la Guerra del Opio es uno de los episodios fundacionales del nacionalismo chino: la primera gran llamada a las armas contra el acoso de Occidente; pero también el inicio del «siglo de humillación» de China –un útil instrumento pedagógico que abarca todo lo sucedido en China entre 1842 y 1949–, por obra del imperialismo.²⁴ Constituyó el hito inicial de la lucha de China por liberarse del «semifeudalismo semicolonial» –resumen de Mao de la experiencia china en el siglo posterior a 1842– y por «erigir» –Mao de nuevo– una nación fuerte y moderna, contienda que, por descontado, finaliza con el triunfo comunista en 1949. «La narrativa de la historia contemporánea de China [desde la Guerra del Opio hasta la actualidad]» resume un libro de texto de 2007 utilizado en una de las instituciones de élite de estudios superiores de China, la Universidad de Pekín:

[...] es la historia de la valerosa lucha del pueblo de buen corazón por la supervivencia nacional y culminar el gran resurgir de la raza china. Es la historia de cómo cada una de las nacionalidades del país, lideradas por el Partido Comunista de China, emprendió una gran y dolorosa pugna para alcanzar la independencia nacional y la liberación por obra de la Revolución de 1949; es la historia de una China vieja, débil y empobrecida que, gracias a la revolución socialista, se convierte, gradualmente, en la próspera, floreciente y vital nueva China socialista [...] ; Cuáles son las metas del estudio de nuestra his-

toria contemporánea? Estudiar a fondo cómo la historia, y el pueblo, eligieron el marxismo, eligieron el Partido Comunista de China y eligieron el socialismo.²⁵

Los mandatarios de la República Popular de nuestros días, mientras oscilan entre la confianza en su milagroso ascenso y la desconfianza contra un Occidente supuestamente decidido a contenerlo, mantienen la Guerra del Opio en primera línea de la memoria nacional. Desde la década de 1990 en particular, cuando el Partido Comunista empezó a fomentar el nacionalismo antiextranjero para apuntalar su legitimidad después de la represión de Tiananmen, se ha empleado la Guerra del Opio en sucesivas campañas de «educación patriótica», con monumentos, libros de texto, prensa y películas.²⁶ El Gobierno chino achacó la agitación del alzamiento de 1989 a la «liberalización burguesa occidental». De ahí que el sesquicentenario de la Primera Guerra del Opio, en 1990, fuera un regalo propagandístico para este, la oportunidad de publicar emotivos editoriales en todos los medios en relación con esta «tragedia nacional» infligida por las cañoneras de Occidente.²⁷ «Con el fin de proteger su maligno comercio del opio», recordó el *Diario del Pueblo* (*Rénmín Ribào*) —órgano oficial del Partido Comunista— a sus lectores:

[...] el Gobierno británico envenenó al pueblo chino, robó cantidades enormes de plata y emprendió una abierta agresión imperial [...] que precipitó a los chinos a un abismo de sufrimiento. Esto, tal y como señaló el camarada Mao Zedong, inició la resistencia del pueblo chino contra el imperialismo y sus lacayos. La Guerra del Opio, y los actos de agresión que vinieron después, despertaron en el pueblo chino un anhelo de desarrollo y pervivencia, que dio así inicio a sus luchas por la independencia y la liberación [...] Los hechos nos muestran, de modo innegable, que el pueblo chino solo pudo alzarse gracias al liderazgo del Partido Comunista de China [...] solo el socialismo puede salvaguardar y desarrollar China [...] elevemos hasta lo más alto el estandarte glorioso del patriotismo, conmemoremos el 150.º aniversario de la Guerra del Opio.²⁸

Las revisiones no ortodoxas de las Guerras del Opio pueden agitar los nervios de las altas esferas políticas. En 2006, el Gobierno clausuró el principal semanario liberal de China, *Punto de Congelación* (*Bingdiǎn*),

porque publicó un artículo, firmado por un profesor de filosofía llamado Yuan Weishi, que cuestionó la doctrina de los libros de texto en cuanto a –entre otras cosas– la Segunda Guerra del Opio, «atacó con violencia el sistema socialista [e] intentó justificar los actos criminales de las potencias imperiales que invadieron China.

Distorsionó gravemente los hechos históricos; contradijo de forma severa la disciplina de la propaganda informativa; dañó severamente el sentir nacional del pueblo chino [...] y creó una mala influencia social».²⁹ Por poner un ejemplo aproximado desde la perspectiva anglófona, es como si clausuraran *Prospect* por publicar un artículo revisionista acerca de la expulsión forzosa de los pobladores de las tierras altas escocesas o de la hambruna de Irlanda.*

Más o menos en esta época, el Gobierno decidió reemplazar las soplíferas conferencias en torno al marxismo-leninismo, obligatorias en todos los estudios universitarios, por clases de historia contemporánea china –comenzando, por supuesto, por la Guerra del Opio– y, de este modo, garantizar que los mejores estudiantes, y los más brillantes, de China salieran de los centros universitarios con una visión correcta del pasado y de su relación con el presente. En su época, no obstante, a la mayor parte del Imperio chino –entre ellos muchos que, se suponía, dirigían las operaciones– le costaba identificar la existencia de una Guerra del Opio con los ingleses.

Hasta finales de julio de 1840, casi un año después de que los británicos estimaran que se habían iniciado las hostilidades armadas, el emperador apenas tenía idea de que estaba en guerra. No supo por qué los cañones ingleses martilleaban la costa oriental de su imperio hasta la segunda mitad de agosto de ese año, cuando la flota entró en Tianjin, el puerto más cercano a Pekín, para entregar una carta del secretario de Exteriores británico dirigida al «ministro del emperador».

Una vez reconocida de modo oficial, por fin, la existencia del conflicto, el emperador y sus hombres seguían reticentes a dignificarlo con el término «guerra». Preferían denominarlo «provocación fronteriza» o «disputa» (*bianxin*), atomizada en una sucesión de choques locales a lo largo del perímetro marítimo chino.

Los británicos, pese a hacer huir en desbandada, con la tecnología militar más moderna de la época, a los ejércitos chinos, mal entrenados y mal comandados, eran identificados en los documentos cortesanos de la

* N. de la E.: *Prospect Magazine* es una revista mensual británica cuya línea editorial es favorable a las ideas progresistas.

época como «payasos», «bandidos», «piratas», «ladrones» –y, en ocasiones, «rebeldes infames»–;³⁰ esto es, insurgentes temporales contra un orden mundial que, al menos por el momento, seguía firmemente asentado sobre el Estado Qing.³¹ A ojos de los mandatarios de la China, solo fue una perturbación más, no más preocupante que las otras revueltas domésticas y fronterizas que el Gobierno intentaba reprimir en esa misma época.

Así pues, la Guerra del Opio, en el siglo y medio transcurrido desde que se combatió, ha pasado de ser una mera «provocación fronteriza» a transformarse en el trágico comienzo de la historia contemporánea de China y en un sostén clave del régimen comunista de partido único. Esta revisión contemporánea del conflicto sirve de conveniente recordatorio al pueblo chino de la violencia occidental contra su país y de todo lo que estaba mal en la «vieja sociedad», antes de que el Partido Comunista llegara para poner remedio. Cuando Occidente pretende criticar a China, a menudo a causa de su historial en materia de derechos humanos, o por su falta de poder judicial o de prensa independiente, las voces chinas –tanto de dentro como de fuera del Gobierno– responden con la Guerra del Opio. En 2004, un artículo de opinión de un lector del *China Daily* –el diario gubernamental en lengua inglesa– calificó todo este asunto de «traición occidental a una escala nunca vista [...] el uso de la droga del opio sentó los estándares de los yerros de Occidente durante los 150 años siguientes [...] es más, los chauvinistas y fanáticos de Occidente nunca, ni siquiera hoy, han cesado en sus designios contra China, ni contra la riqueza y prosperidad de China [...] si Occidente y sus lacayos belicistas pretenden ahora que China les perdone todas esas invasiones y robos del pasado, están muy equivocados».³²

Sin embargo, si miramos más allá de la presente ortodoxia histórica china, emergerá una imagen muy diferente de China y de su primer choque declarado con una potencia occidental. La China decimonónica no era un país instintivamente predisuesto contra todo lo foráneo. Por el contrario, era una sociedad fragmentada, susceptible –como la mayoría de sociedades– de una amplia gama de reacciones –incertidumbre, desconfianza, superioridad, curiosidad–, hacia el mundo exterior. El mero hecho de que la China del siglo XX atribuyera tanta importancia a la Guerra del Opio atestigua una predisposición abierta, no hostilidad, a Occidente. En el momento en que se libró, a los observadores occidentales les pareció que marcaría una época, pero a muchos de sus comentaristas chinos les pareció secundaria en relación con los grandes desórdenes locales y disturbios en las otras fronteras del imperio. En realidad, con la caracterización, iniciada en la década de 1920, de la Guerra del Opio

como el inicio de la historia contemporánea de China, las autoridades del país adoptaron una visión profundamente occidental del pasado nacional, que considera la China prebélica «una nación sumida en un profundo sopor» en espera de que Occidente la despierte. Quien lea numerosos relatos en lengua inglesa de mediados del siglo XIX relativos a China y la guerra, podría llegar a la conclusión de que el país no tenía historia antes de su choque con las cañoneras británicas. Hágase un somero examen de una cronología no muy detallada de la China contemporánea y se verá enseguida que las causas internas de la violencia superan en un número muy elevado a las externas: las rebeliones rurales del siglo XIX que causaron la muerte o el desplazamiento de millones de personas; las contiendas civiles del XX, tanto antes como después de 1949. Además, mientras los medios de comunicación y la industria editorial de la China contemporánea conmemoran a bombo y platillo la expedición británica de 1839-1842, los desastres autoinfligidos del periodo comunista –la hambruna provocada a principios de la década de 1960, las persecuciones políticas que culminaron en la violencia extraordinaria de la Revolución Cultural, el derramamiento de sangre de 1989– son, prácticamente, excluidos.

Los medios estatales de la República Popular China dedican denodados esfuerzos a convencer a lectores y público de que la China moderna es la historia de las heroicas luchas del pueblo chino contra «el imperialismo y sus lacayos». En realidad, la historia de la China moderna podría explicarse, de un modo igual de convincente, como la historia de la colusión con «el imperialismo y sus lacayos»; China es tan rica en tradiciones colaboracionistas como cualquier otro país que haya sufrido invasiones y ocupaciones con regularidad. Sin embargo, el autoodio y la introspección, no la búsqueda de chivos expiatorios extranjeros, son los rasgos dominantes de los esfuerzos modernizadores de China. Los testimonios de testigos oculares chinos de la Primera Guerra del Opio no atribuyeron la derrota imperial a la agresión externa, sino a la desorganización y cobardía de sus funcionarios y ejércitos.

La compleja historia de las reacciones chinas a la Guerra del Opio, y al imperialismo en general, no rebaja en lo más mínimo el racismo estridente de numerosas actitudes occidentales hacia China en los siglos XIX y XX, expresada en los escritos y en los actos de políticos, militares y conocidos comentaristas. Paul Cohen, aunque adujo, en su *Discovering History in China*, que los historiadores han simplificado el impacto del imperialismo sobre China, también escribió: «No hay duda posible. Hoy, todo el mundo –o, en cualquier caso, casi todo el mundo–, considera que el imperialismo es malo».³³ Como muchos han demostrado, el encuentro

de China con el imperialismo occidental solía ser deformante y deshumanizador.³⁴ La presente historia tampoco mitiga en modo alguno los vergonzosos hechos fundamentales del conflicto: que el Gobierno británico libró una guerra para proteger los cuantiosos beneficios del narcotráfico ilegal. Sin embargo, la Guerra del Opio y sus consecuencias también revelan lo fragmentado que es ese lugar que denominamos China: muestra que una agresión externa directa puede generar diversas lealtades y respuestas (indignación, admiración, autodesprecio).

En la actualidad, cuando la campaña de educación patriótica del Estado les deja en paz, muchos chinos no se molestan en pensar en la diplomacia británica de cañoneras. Pregúnteles a los taxistas pekineses —una fuerza laboral explotada y mal pagada con sobrados motivos para sentirse agraviada con el mundo— qué piensan de Gran Bretaña y es mucho más probable que respondan con un suspiro de admiración —en cuanto a lo moderna y desarrollada que es Gran Bretaña en comparación con China—, que con veneno. Pregúnteles acerca de la Guerra del Opio y, muy a menudo, le dirán que el pasado, pasado está; andan demasiado ocupados en gestionar el presente —o no prestan atención a lo que les dice el Gobierno—. A pesar de que los libros de texto de secundaria y los exámenes siguen tratando de adoctrinar a los jóvenes en el relato de que «China fue una víctima» durante su historia contemporánea, siempre empezando por la Guerra del Opio, los debates en clase relacionados con este conflicto a menudo pasan de la rabia contra Occidente a la indignación por la corrupción y debilidad militar de la China decimonónica. Entable una conversación con la Guerra del Opio de fondo y alguien, tarde o temprano, sacará a relucir el tópico *luohou jiu yao aida* —una idea darwinista que se traduce como «si te quedas atrás, te darán una paliza»—; con esto, parecen estar diciendo que China se merecía lo que le ocurrió. Por tanto, bajo la superficie de este relato nacionalista chino, iracundo y rencoroso de la Guerra del Opio y sus consecuencias subyace una historia más interesante: la de una búsqueda, autocrítica y titubeante, pero de mentalidad abierta, para dar sentido a las múltiples crisis de los dos últimos siglos de la historia del país.

Este libro comienza con los dramas de la propia guerra —las interacciones expansivas de la China Qing con el mundo allende sus fronteras; los errores de cálculo del grupo antiopio de la corte; la incompreensión mutua que empujó a ambos bandos hacia la guerra; la hipocresía oportunista de los británicos; el terrible derramamiento de sangre provocado por la aplastante superioridad de Gran Bretaña y por la falta de realismo militar de China. Después, recorre 170 años siguientes siguiendo la cons-

trucción del mito de la Guerra del Opio, tanto en China como en Occidente por medio del sentimiento chino, cada vez más intenso, de *guochi* («humillación nacional») a manos del imperialismo –la Segunda Guerra del Opio de 1856-1860, la Guerra Chino-Japonesa de 1894-1895, el Levantamiento de los bóxers y la subsiguiente expedición aliada contra China en 1900, la invasión nipona de los años 1930– y finaliza con los interesados esfuerzos del Partido Comunista por utilizar en su provecho la memoria histórica.³⁵ Dentro de este relato general, entretejeremos las historias, extrañas y contradictorias, de los detractores del opio; la histeria prohibicionista de los misioneros occidentales; los doctores que intentaron desintoxicar a los fumadores con arsénico, heroína y cocaína; el puritanismo narcótico de los dos grandes dictadores de la China del siglo XX, Chiang Kai-shek y Mao Zedong, los dos enemigos jurados del opio, los dos financiados por igual por los beneficios del tráfico de drogas.

Finaliza con un recorrido por los creadores de opinión de la China contemporánea, –políticos, periodistas, maestros, blogueros– y los centros de historia pública –exposiciones, museos, memoriales–, para reflexionar en torno a las paradojas del nacionalismo chino actual. ¿Por qué, cuando China es más abierta –y dependiente de– las fuerzas globales que en ninguna otra época de su historia el Gobierno opta por movilizar un nacionalismo alimentado por el resentimiento contra los crímenes históricos de Occidente contra China? ¿Por qué, en una época en que China está próxima a alcanzar rango de superpotencia, se le recuerda a la población, con tanta regularidad, una funesta historia de «humillación»? ¿Hasta qué punto el Partido Comunista controla el nacionalismo antiextranjero en el que ha instruido a su pueblo? Tras la cortina de las leyendas imperialistas y nacionalistas, la Guerra del Opio y sus vidas de ultratumba revelan las dificultades y dilemas que obstaculizaron la construcción de la China moderna: cómo las percepciones erróneas y los yerros de Occidente han alimentado los mitos nacionales chinos y cómo tales mitos han moldeado las interacciones del país con Occidente.



Antes de proseguir, me gustaría agregar una breve nota en cuanto al alcance del libro. Las historias chinas suelen fusionar la Primera Guerra del Opio con la Segunda, pues las ven como partes de una única y continuada agresión occidental. La Segunda Guerra del Opio es, sin

duda, un conflicto tan interesante como la Primera; por su simbolismo político, sus ironías históricas y su confusión entre violencia nacional e internacional. Sin embargo, y por dos motivos, la presente obra se centra más en los detalles históricos de la Primera Guerra del Opio. Un motivo es intelectual. Debido a su importancia en la historiografía china –como inicio del «siglo de humillación»–, quería explorar en particular sus realidades y cómo las interpretaciones distorsionadas de la contienda han conformado el último siglo y medio del pasado chino. Mi tratamiento aquí de la Segunda Guerra del Opio lo convierte en parte de la vida de ultratumba de la Primera y muestra cómo las veleidades acerca de China sembradas en el conflicto anterior generaron nuevas espirales de violencia, prejuicios y culpabilidad. La segunda razón es práctica. En el momento en que escribo estas líneas, no existe –que yo sepa– ningún libro en inglés de la historia de la Primera Guerra del Opio que utilice tanto relatos anglófonos como las grandes colecciones de fuentes chinas compiladas y publicadas en la década de 1990. Tan pronto como empecé a escribir, comprendí que la riqueza de este material, y las cuestiones históricas que suscitaban –relativas a las relaciones chinooccidentales, las tensiones chinomanchúes, el funcionamiento y malfuncionamiento del imperio de los Qing– era más que suficiente para un solo libro. Aunque historiadores como John Wong y James Hevia han publicado brillantes historias de aspectos clave de la Segunda Guerra del Opio –legalidad, simbolismo, contexto económico y político–, los lectores anglófonos aún no tienen una historia narrativa convencional de este último conflicto que combine y compare a fondo las fuentes occidentales y las chinas. Por desgracia, a causa de la falta de espacio, no pude incorporar ese estudio al presente volumen. Con todo, espero de corazón que los acontecimientos de 1856-1860 reciban algún día el tratamiento definitivo, y a múltiples bandas, que merecen.



NOTAS

- 1 Melancon, G., 2003, 34.
- 2 Wakeman jr, F., 1978, 166-167.
- 3 *Vid.* tablas y figuras en Lin Man-houng, 2007, 89 y 95 y Chang Hsin-pao, 1964, 223. Estos dos volúmenes presentan estudios económicos muy útiles y detallados del comercio de opio-plata en la China tardoimperial.

- 4 Lindsay, H. H., 1834, 86.
- 5 Cit. en Thoms, P. P., 1853, 3.
- 6 Morrison, E., 1839, vol. I, 136.
- 7 «Introduction by the Reverend W. Ellis», en Gützlaff, K., 2002, 54.
- 8 *Ibid.*, 237.
- 9 *Vid. Parliamentary Papers-Papers Relating to the Affairs of the East India Company 1831-32*, 4-14.
- 10 Melancon, G., *op. cit.*, 35.
- 11 *Ibid.*, 36.
- 12 *Ibid.*, 37.
- 13 Napier, P., 2003, 88.
- 14 *Ibid.*, 101-102.
- 15 *Correspondence Relating to China* (1840), 13.
- 16 Napier, P., *op. cit.*, 132.
- 17 *Ibid.*, 159, 166.
- 18 Melancon, G., *op. cit.*, 40.
- 19 *Correspondence Relating to China* (1840), 12.
- 20 Todavía nos acompaña en los recurrentes acalorados debates en torno la amenaza que supone el ascenso de China para Occidente. A causa de este supuesto odio intrínseco de los chinos hacia Occidente, el resurgir de China –según esta idea– conllevará inevitables represalias por las humillaciones del pasado.
- 21 *Chinese Repository* 5 (1836-1837), 177.
- 22 *Ibid.*, 9 (1840), 106.
- 23 *Vid.* un claro resumen de este enfoque en Dikötter, F., Laaman, L. y Zhou Xun, 2004, 1. Para un debate a fondo de las interpretaciones históricas de la Segunda Guerra del Opio, *vid.* Wong, J. Y., 1998.
- 24 Las obras secundarias relativas al nacionalismo chino moderno y contemporáneo –solo en inglés– son numerosísimas. Algunas introducciones útiles del fenómeno histórico y contemporáneo son: Zhao, Suisheng, 2004; Unger, J. (ed.), 1996. *Vid.* en particular los textos de James Townsend, John Fitzgerald y Geremie Barmé, o Harrison, H., 2001; Ditmer, L. y Kim, S. S. (eds.), 2003; Hughes, Ch., 2006; Zheng Yongnian, 1999.
- 25 *Zhongguo jin, xiandaishi gangyao* [Resumen de historia contemporánea de China], 2007, 1.
- 26 *Vid.* Zhao, Suisheng, *op. cit.* y el Capítulo 19 de este volumen para más detalles de la «educación patriótica».
- 27 Debe recordarse también que uno de los aspectos de las protestas de 1989 que más inquietó a las autoridades comunistas fue la pretensión de los manifestantes estudiantiles de cuestionar el monopolio del Estado en relación con la definición de nacionalismo, al afirmar que sus protestas tenían un carácter patriótico independiente... Así, por ejemplo, el 4 de mayo, un aniversario clave para el moderno nacionalismo chino, organizaron una concentración.
- 28 *People's Daily*, 3 de junio de 1990, 1.
- 29 «Libros de texto en China», en [http://www.zonaeuropa.com/20060126_1.htm] (consultado el 30 de enero de 2026).
- 30 *Vid.*, por ejemplo, Liang Tingnan, 1997, 82.
- 31 Debo esta información a Wakeman jr, F., *op. cit.*
- 32 Blackie Lau, «Mistakes of the West», en [http://www.chinadaily.com.cn/english/doc/2004-04/27/content_326595.htm], 27 de abril de 2004 (consultado el 30 de enero de 2026).

33 Cohen, P., 1986, 125.

34 *Vid.*, por ejemplo, el esclarecedor trabajo de Hevia, J., 2003.

35 Para el tema de la «humillación nacional» y el uso de la historia contemporánea en China, existen dos especialistas principales en lengua inglesa. El primero es Paul Cohen. *Vid.*, por ejemplo, Cohen, P., 1997 y Cohen, P., 2008. El Segundo es William Callahan. *Vid.*, por ejemplo, Callahan, W., 2010.

DESPERTA FERRO



EDICIONES



鴉片戰爭

CAPÍTULO 1

El opio y China

Examinemos una fotografía tardoimperial de fumadores chinos de opio. Es una instantánea típica: dos hombres reclinados en un sofá, ataviados con largos ropajes de seda estampada. Uno de ellos acomoda el brazo sobre una joven, la cual está recostada sobre él –y parece algo incómoda, tal vez por el gesto del fumador, tal vez por la cámara–. Con el cuello apoyado en el respaldo del sofá, ambos hombres miran fijamente a la cámara: ojos entrecerrados, bocas inexpresivas. Uno de los fumadores sostiene la estatuilla de un perro sin explicación aparente. Incluso hoy, cuando los opiáceos sintéticos hacen que el opio parezca inofensivo y décadas después de que Brassai fotografiara la vanguardia parisina y reinventara esta droga como divertimento *boho chic*, la imagen resulta un tanto perturbadora; mucho más que una fotografía comparable de, por ejemplo, un par de bebedores caucásicos, aunque es evidente que los dos fumadores que vemos aquí son gente acomodada y no parecen estar dándose a grandes excesos. Quizá, para la mirada moderna, hay algo particularmente decadente en tumbarse a consumir el narcótico preferido, un no sé qué odioso en el decúbito supino. La mirada que nos devuelven los fumadores tras –imaginamos– los ojos nublados por el narcótico parece desafiarlos: «Nos abandonamos, deliberada y alegremente, a fumar opio. ¿Qué le vamos a hacer?».



Fumadores chinos de opio en una fotografía de finales del siglo XIX.

Por más progresistas que sean nuestras opiniones políticas, es muy probable que hayamos interiorizado la combinación de prejuicios morales y científicos contra el opio que empezaron a acumularse en Occidente –y en China– hace poco más de un centenar de años, cuando este se reinventó en vicio siniestro para disfrute de degenerados sociales o maestros de la vileza. Sin embargo, más allá de todo el oprobio asociado a fumar opio, subyace un fenómeno social más complejo que fue objeto de extensos debates a lo largo del siglo XIX, antes de que la opinión de los médicos y misioneros de Occidente, y luego el Estado chino, decidieran condenar el consumo de opio en China por nocivo y por degenerado. Una enfermedad nacional de la voluntad que estaba presente en todos los problemas del país.

El opio experimentó extraordinarias transformaciones en los dos países que libraron una guerra en su nombre a principios de la década de 1840. En Gran Bretaña y China comenzó siendo una droga foránea –turca e india, respectivamente– adoptada primero durante el siglo XIX y luego –en las postrimerías de la centuria– condenada con severidad por ser un veneno extranjero. Durante la mayor parte del siglo, ni la opinión popular ni la de los expertos médicos se ponían de acuerdo acerca del opio, más allá del hecho de que aliviaba el dolor. ¿Era más perjudicial que el alcohol, o menos? ¿Embrutecía a los consumidores? ¿Dejaba los pulmones negros y rebosantes de gusanos adictos al opio?

Nadie tenía ninguna certeza. «El desastre se expandió dondequiera que el veneno fluyó a las tierras del interior [...] Aquellos que sucumban a esta obsesión se perderán por completo –se lamentaba un fumador de finales de la era Qing, Zhang Changjia, para luego afirmar, pocas páginas después que– [...] en verdad, el opio es algo sin lo cual el mundo no puede vivir».¹ La imagen tópica del fumador de opio es de postración y narcolepsia; para muchos –entre ellos Thomas de Quincey, que paseaba por las calles de la noche londinense sostenido por el láudano– era un estimulante. Las masas de culíes de China se recuperaban del extenuante trabajo fumando opio durante la pausa de mediodía. Un reverendo de finales del siglo XIX observó que esos grupos «viven, en el sentido literal de la palabra, de opio; es su vianda y su bebida».² En los Fens victorianos* la situación no era muy diferente: «Todo hombre que se disponga a emprender una dura labor primero toma su píldora [de opio] –escribió un comentarista de mediados de siglo– y muchos nunca se toman su cerveza sin antes echarle un trozo de opio».³ Para reforzar la confusión en cuanto a los efectos del opio, los comandantes británicos en China entre 1840 y 1842 observaron que los militares Qing solían prepararse para la batalla consumiendo esta droga; a algunos les calmaba; a otros les animaba para el combate inminente; a otros, les sumía en el sueño.

Incluso hoy, después de más de un siglo de medicina moderna, es mucho lo que seguimos ignorando de los efectos del opio sobre el organismo humano. Los efectos básicos de la droga, ya sea ingerida, bebida o fumada, son los mismos: el ingrediente primario es la morfina, un alcaloide liposoluble que se absorbe en el torrente sanguíneo y –en cuestión de segundos o de minutos, dependiendo de la potencia del preparado, la vía de administración o la sensibilidad del sujeto– acciona los botones –los receptores de opiáceos– de nuestras células. Una vez activados, uno de estos botones –el receptor μ – reduce la liberación de transmisores químicos de los terminales nerviosos asociados a la percepción de dolor. La analgesia que produce la morfina y sus muchos análogos, como la diamorfina –heroína–, podría parecer casi milagrosa, pues alivia un dolor atroz en minutos. El opio, además, es útil para muchas más cosas, además de la analgesia. Al introducirse en la sangre, viaja hasta los intestinos, donde ralentiza su movimiento y frena la diarrea y la disentería.

* N. del T.: Se refiere a la región de pantanos drenados, agricultura intensiva y profundos cambios sociales de los Fens, en el este de Inglaterra. En la era victoriana (1837-1901) el drenaje se intensificó gracias a nuevas tecnologías y el resultado fue tierras muy fértiles para la agricultura.

Mitiga la tos, al anular los núcleos cerebrales que controlan el impulso tusígeno. Aunque su efecto más famoso es que potencia la liberación de dopamina, la hormona que rige la sensación de placer en el cerebro. Dicho de un modo más simple: el opio nos hace estar eufóricos.

Como todas las drogas, el opio tiene efectos secundarios indeseados. Uno de ellos es la propensión a causar náuseas –una respuesta que se da en el 40 por ciento de pacientes a los que se administra morfina–.⁴ Si se toma como alivio del dolor, no para la diarrea, puede causar estreñimiento severo. Su inconveniente más inmediato es que suele ralentizar, e incluso adormecer, las áreas cerebrales que controlan la respiración. Tomado en exceso, el opio te matará al anular tu capacidad respiratoria. A causa de la quietud con la que fallecen las víctimas de una sobredosis, el opio ha sido, desde muy antiguo, el amigo de los suicidas miedosos y el aliado de los asesinos. De igual modo, aunque la dopamina potencia las sensaciones de satisfacción, también refuerza algunas menos agradables. Al aumentar y engrandecer las percepciones de miedo y amenaza, es un agente de paranoia, desconfianza y esquizofrenia, de ahí las visiones que experimentaba De Quincey.

El punto flaco definitivo del opio –que, como todas las respuestas generadas por la dopamina, se rige por la sensación de recompensa placentera causada– es que induce ansia por volver a experimentar la sensación. Sin estímulo externo de sustancias como el opio, los receptores de opioides y dopamina viven pacíficamente en nuestro interior en un equilibrio inadvertido. Sin embargo, una vez estimulado un receptor, este puede quedar insensibilizado y desequilibrado y exigir un suministro regular, y puede que cada vez más abundante, del estimulante original. Si el equilibrio neural y químico del organismo pasa a depender de la medicación externa, una súbita retirada de esta provoca síntomas desagradables –y peligrosos–: temblores, agotamiento, fiebre, piel de gallina –origen de la expresión «quedarse frío»–,* náuseas, diarrea, insomnio... que solo se remedian consumiendo más de lo mismo.

Las presentaciones históricas del opio, durante el último siglo y medio de la historia de China, han sido casi tan diversas como sus efectos químicos. A los europeos –que comenzaron a comerciar a principios del siglo XVII–, les sirvió primero para acceder a los mercados chinos; «las transacciones parecen formar parte de la naturaleza de la droga –reme-

* N. del T.: *Cold turkey* en el original, alude a dejar de usar una sustancia adictiva repentina y completamente, lo que origina uno de los síntomas más habituales, la piel de gallina.

moró un contrabandista retirado—, impartía una gran tranquilidad con su comisión de venta del tres por ciento, un beneficio del uno por ciento ¡y sin pagos pendientes!». Más tarde, sirvió como justificación ética para salvar a China de sus malas y adictivas inclinaciones; «todos los chinos son, en mayor o menor medida, moralmente débiles —explicó un misionero británico posterior a 1842—, como cabe esperar de toda nación pagana, aunque el fumador de opio es aún peor».⁵ Después de 1870, la crítica occidental del hábito chino de consumo de opio, sumado a otros prejuicios más antiguos, dio lugar al «peligro amarillo». El amor de los chinos paganos por el opio, sostenía esta idea, destruía en ellos toda posibilidad de respuesta humana normal: era «una forma de manía», un «poderoso nigromante», que los hacía inescrutables y amorales, un ejército de xenófobos drogados que urdía su venganza contra Occidente.⁶ A muchos chinos el opio les daba beneficios —además de los peligros de la adicción—: provecho económico, alivio de trastornos menores o crónicos, placer narcótico e incluso estético. Incluso después de que se metamorfoseara, a finales del siglo, en un veneno extranjero impuesto a China por las maquinaciones imperialistas, no siguió siéndolo mucho tiempo. La indignación contra Occidente pronto se convirtió en autocensura: puede que los británicos nos trajeran el opio, explicaba la alarmada moral nacionalista, pero *nosotros* nos dejamos convertir en adictos. En 1839, en vísperas de la prohibición que desencadenó una guerra con Gran Bretaña, los activistas chinos contra el opio —entre ellos el inflexible Lin Zexu— la tacharon de plaga, «peor que las inundaciones y las alimañas salvajes», como «una droga asesina que amenaza con degradar a todo el pueblo chino a la altura de reptiles, perros y puercos».⁷ Ojalá hubiera sido tan simple.



El opio inició su existencia en el Imperio chino como una importación de las imprecisas «regiones occidentales» —la antigua Grecia, Roma, Turquía, Siria, Irak, Persia y Afganistán—. La primera referencia china —en un manual médico— es de la primera mitad del siglo VIII. Ingerido o bebido, preparado de muy diversas maneras —triturado, hervido, mezclado con miel, en infusión, con jengibre, ginseng, regaliz, vinagre, ciruelas negras, arroz molido, hongos de oruga—, se empleaba en todo tipo de trastornos —diarrea y disentería, artritis, diabetes, malaria, tos crónica, constitución enclenque—. Hacia el siglo XI, era conocido por sus usos tanto recreativos

como curativos. «Hace bien a la boca y a la garganta –observó un usuario satisfecho–. Solo tengo que beber una taza de infusión de semillas de amapola y río, me siento feliz».⁸ «Se asemeja a la mirra –relataba una crónica cortesana de unos 400 años más tarde–. Es amarillo oscuro, blando y pegajoso como la cola fuerte. Tiene un gusto amargo, produce un calor excesivo y es venenoso [...] Potencia el arte de alquimistas, cortesanas y meretrices [...] Su precio iguala al del oro».⁹ Se creía que el opio ayudaba a controlar la eyaculación, que, según la teoría sexológica, permitía al esperma retirarse a nutrir el cerebro masculino. Los afrodisíacos potenciados por el opio fueron una industria floreciente en la China Ming (1368-1644); es posible que contribuyera a la elevada tasa de mortalidad de los emperadores de la dinastía –de un total de 16 mandatarios Ming, 11 no llegaron a cumplir los 40 años–. En 1958, en un esfuerzo final por erradicar el narcótico, el nuevo Gobierno comunista excavó la tumba de Wanli, el hipocondríaco –aunque longevo– emperador de los últimos Ming, y descubrió que su osamenta estaba saturada de morfina. Algunos innovadores cocineros Ming trataron incluso de cocinarlo en fritura o convertirlo en una cuajada de semillas de amapola como sustituto del tofu. El opio era uno de los ingredientes principales del curalotodo de la dinastía Ming, la «gran panacea de oro» –se empleaba contra el dolor de muelas, el pie de atleta y los excesos sexuales–, que combinaba la droga con –entre otras cosas– bezoar, perlas, borneol, almizcle, cuerno de rinoceronte, cuerno de antílope, catecú, cinabrio, ámbar, madera de agar, raíz de costo y sándalo blanco; todo lo cual tenía que ser primero bañado en oro, luego pulverizado, después mezclado con leche materna para formar bolitas e ingerirlo todo con jugo de pera. Deben tomarse de una en una, recomendaban los manuales farmacológicos.¹⁰

Así y todo, fue una segunda importación –el tabaco llegado del Nuevo Mundo– lo que llevó a los chinos a fumar opio. Introducido en China en algún momento entre 1573 y 1627 –más o menos por la misma época que el cacahuete, el boniato y el maíz–, hacia mediados del siglo XVII el hábito de fumar tabaco se había generalizado en todo el imperio. A su llegada al poder, en 1644, la dinastía Qing hizo nerviosos intentos por prohibirlo, pues era «un crimen más deleznable que descuidar la práctica del tiro con arco»: fumadores y vendedores eran multados, azotados e incluso decapitados.¹¹ Sin embargo, alrededor de 1726, el régimen había renunciado a la tarea imposible de erradicar la adicción al tabaco del imperio, pues, en esa época, extensos tabacales se cimbreaban a escasa distancia de las murallas de la capital. En algún momento en los comienzos del siglo XVIII, un nuevo y maravilloso descubrimiento

llegó a China desde Java, traído por naves chinas que hacían la ruta entre ambos lugares: el tabaco era *aún mejor* si se mojaba primero en sirope de opio –transportado en su mayor parte en envíos portugueses–. La primera parada de este descubrimiento fue la nueva conquista de los Qing, Taiwán; desde allí, pasó al litoral del continente y más tarde al interior.

Fue el tabaquismo lo que impulsó a los chinos a consumir opio. Fumar era una actividad social, para entendidos –con pipas esculpidas y ornamentadas de jade, marfil y concha de tortuga, lámparas de plata con las que calentar y atemperar la droga y los bellos sofás de sándalo rojo donde se recostaban los consumidores–. Además, mataba a menos fumadores que la versión ingerida o bebida de la droga: alrededor del 80-90 por ciento de la morfina era exhalada o quemada en el humo de pipa. Entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, China empezó a fumar opio con entusiasmo: era una sobremesa de moda, un lubricante esencial del negocio del *sing-song* («prostitución»), un elemento indispensable de todo anfitrión digno de tal nombre, una agradable distracción de las presiones de la vida cortesana para el emperador y su séquito.¹² Las casas de opio eran lugares salubres, lujosos incluso, muy alejados del estereotipo dickensiano del antro de vicio –como «una acogedora cervecería», escribió con sorpresa Somerset Maugham en 1922, en una fase avanzada de la plaga narcótica de China–, donde grupos de amigos tomaban de manera civilizada una o dos pipas con té y *dim-sum*.^{*13}

En algún momento cercano al inicio del siglo XIX, los fumadores empezaron a descartar la presencia diluyente del tabaco. Quizá porque el opio puro era más caro y, por tanto, indicaba un mayor estatus social. En torno a esta época, gracias al control de calidad de los diligentes mandatarios de la India británica –quienes establecieron en 1793 un monopolio sobre la producción de opio en Bengala–, el suministro se hizo más fiable y dejó de venir contaminado con adulterantes como estiércol de equino o arena. Fumar era una manera de quemar dinero, el acto perfecto del consumo ostentoso. Cada paso conllevaba un ritual largo, complejo y caro: la adquisición de accesorios exquisitos; los detalles de aprender a cocinarlo y fumarlo –ablandar la oscura bola de opio hasta convertirla en una goma oscura y caramelizada, insertarla en el hueco de la parte superior de la cazoleta de la pipa, para luego succionarla, poco a poco pero sin cesar, para extraer la morfina en forma de gas–; el sopor placentero que

* N. del T.: En la gastronomía del sur de China y otras regiones, el *dim-sum* se compone de pequeños bocados de masa y arroz con gran variedad de ingredientes, como carnes, verduras, etc. Siempre se toma acompañado de té.

se producía cuando el narcótico hacía efecto. Las mejores familias iban un poco más allá para proclamar su riqueza y tenían un chef propio que les preparaba las pipas. Podemos ver el romance del imperio con el opio en los bellos objetos que fabricó para consumir la droga, en las letras que los aficionados componían en honor de su intenso y empalagoso objeto de deseo o en las descarnadas estadísticas. En 1780, una nave de la Compañía Británica de las Indias Orientales no pudo rentabilizar un único cargamento de opio enviado a Cantón. Hacia 1839, las importaciones alcanzaron las 40 000 cajas anuales.



Debemos hacer una observación adicional acerca del opio que se apoderó de China a lo largo de los siglos XVIII y XIX: era ilegal desde 1729. En el siglo siguiente, se convirtió en un contrabando de prestigio que era adquirido, comprado y apreciado por personas de los estratos superiores del imperio –aunque también por miembros de los estratos más ínfimos–. El discurso oficial de la China contemporánea presenta al opio como un veneno moral que los perversos extranjeros impusieron a los indefensos e inocentes chinos. La inquietante realidad fue mucho más connivente.

Una vez que los británicos entraron en el comercio a finales del siglo XVIII, afirmaban que se limitaban a proporcionar un servicio: satisfacían una demanda, no la creaban. Los británicos implicados se tomaron muchas molestias en presentarlo ante el público de su país como un honorable negocio en Oriente. Invertir en opio, sugirió con amabilidad William Jardine a un amigo de Essex, es «el negocio especulativo más seguro y caballeroso que conozco».¹⁴ Visto desde Anglia Oriental, puede que así lo pareciera. También era una fuente segura y fácil de ingresos para los empleados de la Compañía Británica de las Indias Orientales, quienes solo tenían que preocuparse del opio hasta que este llegaba a la casa gubernamental de Calcuta y delegaban en los comerciantes británicos e indios, y después en los chinos, el sucio negocio de llevarlo hasta la costa china y al interior. «Del tráfico de opio» resumió un texto de 1939 en torno a este asunto,

La Honorable Compañía lleva obteniendo desde hace años unos ingresos inmensos y, gracias a estos, el Gobierno y la na-

ción británicos también han cosechado una cantidad incalculable de ventajas políticas y financieras. El giro de la balanza comercial entre Gran Bretaña y China a favor de la primera [...] contribuyó de forma directa a apoyar el tejido del vasto dominio británico en el Oriente [...] y benefició a la nación por un monto de 6 millones de libras anuales, sin empobrecer a la India.¹⁵

Visto de cerca, no obstante, el comercio del opio parecía mucho más rufanesco de lo que estarían dispuestos a reconocer sus principales defensores británicos. Jardine y Matheson, los dos decanos del negocio de opio de Cantón —y destacados chinófobos belicistas en la década de 1830—, no tenían nada de caballeros, por más que se esforzaran en convertir dinero contante en respetabilidad. Jardine, nacido en 1784 en una granja escocesa, perdió a su padre a la edad de 9 años; durante la adolescencia, pudo cursar estudios en la facultad de medicina de Edimburgo gracias, únicamente, al sostén de su hermano mayor. Aprendió el oficio del comercio de Indias Orientales entre la sangre y la inmundicia de un puesto de médico embarcado; aunque la paga no era gran cosa —10 libras mensuales—, una de las ventajas del puesto era la posibilidad de crear líneas comerciales paralelas; a los oficiales se les permitía llevar dos toneladas de bienes propios para comprar o vender. Jardine pronto aprendió a sacarle el máximo provecho. En su segunda travesía, se quedó sin su paga de 40 libras porque el buque y el cargamento oficial se perdió a causa de los daños sufridos por un tifón en Cantón y el ataque de una nave de guerra francesa. Aunque los franceses le hicieron prisionero, logró ganar unas 175 libras de la venta de su tonelaje, que había tenido el buen criterio de enviar desde Bombay a Gran Bretaña en otro buque. Hacia 1818, dio el salto a un puesto directivo: agente de una casa comercial privada en la India. Menos de un año más tarde, pasó al negocio del opio cantonés.¹⁶

El ascenso de Matheson hasta el cargo de comerciante privado fue menos agitado: las influencias del negocio familiar le permitieron obtener un contrato mercantil con la Compañía Británica de las Indias Orientales a la edad de 19 años, recién salido de la Universidad de Edimburgo. Una vez llegó a Asia, la decisión de mercadear con opio no requería mucha reflexión, dado que, entre 1800 y 1820, las importaciones a China se habían duplicado. Aunque no era en absoluto una elección libre de problemas éticos, este paso al opio de los mercaderes británicos no fue, como han sostenido los historiadores contemporáneos de la República Popular, una conspiración deliberada para redu-

cir al Imperio chino a la condición de esclavos narcotizados. Solo fue una respuesta, codiciosa y pragmática, al descenso de ventas de otras importaciones británicas –relojes, relojes de pulsera, pieles–. «El opio es como el oro –escribió en 1818 Robert Taylor, primer socio de James Matheson–. Lo puedo vender cuando quiera».¹⁷ Ni siquiera eso era cierto del todo: la errática y constante campaña del Estado Qing contra la droga de las primeras décadas del siglo XIX, combinado con la sobreproducción oportunista en la India, provocaban extremas fluctuaciones en los márgenes de beneficio. Antes de que Matheson fundara en 1825 su provechosa sociedad con Jardine, estuvo a punto de ir a la quiebra en dos ocasiones a causa de la excesiva oferta de opio. Lo único que lo salvó fue otro impredecible cambio de precios y un audaz impulso para comerciar en la costa oriental.

Los gestores, además, también se enfrentaban a riesgos físicos: en cierta ocasión, al presentar una petición en la puerta donde los extranjeros debían presentar sus comunicaciones oficiales en Cantón, Jardine se llevó –aunque no pareció notar lo– un fuerte golpe en la cabeza, el cual le hizo ganarse su apodo chino, que podría traducirse como «vieja rata cabeza dura». Tanto Jardine como Matheson estaban demasiado impacientes por hacer dinero para malgastar el tiempo en aparentar ser caballeros especuladores: al parecer, Jardine solo tenía una silla en su despacho –que usaba él–, con objeto de desalentar visitas locuaces. Sin embargo, una vez hizo su fortuna, Jardine pareció olvidar todo esto y se convirtió en un propagandista entusiasta de la plácida tranquilidad del negocio, que, según declaró, era «con diferencia, el negocio más seguro en China».¹⁸ Dijo esto en 1840, cuando, durante los dos años anteriores, el Gobierno Qing había empezado a ejecutar en público a fumadores de opio delante de las factorías extranjeras, encarcelar a la comunidad mercantil británica en Cantón, destruir sus almacenes y expulsarla del interior a la roca baldía de Hong Kong.

Pese a todo, el dinero del opio logró al fin convertirlos en caballeros: Jardine, a su retorno a Londres en 1839, sirvió primero de asesor militar de Palmerston para asuntos de China y, en 1841, ocupó sin oposición un escaño en la Cámara de los Comunes. En realidad, no logró eliminar todas las opiniones que desconfiaban de su pasado. Disraeli, en su obra *Sybil* de 1845, le presenta apenas camuflado: «¡Oh, un hombre horrible! [...] Un escocés más rico que Creso, un tal Mr. Druggie recién llegado de Cantón, en cada bolsillo un millón en opio, que denuncia la corrupción y berrea por el libre comercio».¹⁹ Cuando Jardine falleció de edema pulmonar un año después del Tratado de Nankín que concluyó

la Guerra del Opio, tanto su escaño como la dirección de la firma pasó a Matheson, quien se retiró de inmediato del comercio, adquirió la isla de Lewis, en las Hébridas, por medio millón de libras y se reinventó en terrateniente filántropo. Desde las alturas del castillo de Stornoway, en Lewis, otea el Atlántico un busto póstumo, de nívea blancura, del gran hombre. Debajo puede leerse una inscripción –redactada por su esposa– que explica muy bien su historia:

Era un hijo de Dios, que vivió bajo la evidente influencia de Su Espíritu Santo: «Bien, buen siervo y fiel» (Mateo, 25:21)* [...] Residió mucho tiempo en Cantón y Macao y fue uno de los fundadores de la eminente casa Jardine, Matheson & Cía. Durante su asociación con Mr. Jardine, la Casa adquirió elevada reputación de honor, integridad y magnificente hospitalidad, que abría las puertas de todo el Oriente a todos quienes utilizasen su nombre.

Los mercaderes del opio también trataron de extraer cierta respetabilidad de su asociación con la labor pastoral, dado que ambas iniciativas dependían la una de la otra: los comerciantes de las habilidades lingüísticas de los hombres de Dios y estos últimos de los viajes a la costa que les brindaban los primeros. Después de 1842, como es natural, los misioneros aprovecharon con agresividad la «apertura» de China obtenida gracias a la Guerra del Opio. Para algunos de los comerciantes más exitosos, no parecía existir contradicción alguna entre drogas y fe: «he trabajado con ahínco en las entregas –dice la entrada del diario del 2 de diciembre de 1832 de un devoto traficante, James Innes, en una audaz misión que remontó la costa oriental hasta Fujian–. No he tenido tiempo de leer mi Biblia». ²⁰ Ningún otro personaje encarna mejor esta colaboración que Karl Gützlaff, misionero pomerano y futuro agente de la ocupación británica de China –«bajo, fornido [...] con un ojo bizco», resumió un primo de su esposa–, que tuvo una carrera al servicio de los intereses del opio tan variada como lucrativa –aunque no demasiado larga: murió en 1851, apenas nueve años después del Tratado de Nankín, por la decepción que le produjo descubrir un grave fraude de sus conversos.– ²¹ «Aunque es nuestro mayor deseo», decía Jardine la primera vez que solicitó sus servicios, en 1832,

* N. del T.: Referencia bíblica. *Santa Biblia*, C. de Reina y C. de Valera (trads.), New York, Sociedades Bíblicas en America Latina.

[...] que no perjudique usted en modo alguno el gran fin que tiene en mente aparentando interés por un negocio que muchos consideran inmoral, aun cuando semejante tráfico es en todo punto necesario para dar a toda nave una posibilidad razonable [...] cuanto más provechosa sea la expedición, mejor podremos poner a su disposición una suma para la gran meta que tiene en mente, por cuyo éxito sentimos un profundo interés.²²

El argumento está bien presentado, pues, desde el punto de vista de Gützlaff, era así de simple: comercio –por el medio que fuera– y cristianismo iban de la mano: «nuestras relaciones comerciales –aleccionó en 1832 a los lectores británicos en una influyente relación acerca de China– están en el momento presente en una situación tal que requieren proseguir el comercio a lo largo de la costa. Esperamos que con esto, al fin, podamos avanzar en la introducción de la Palabra, para la cual hay numerosas puertas abiertas».²³ Hábil por igual para el autoengaño y los dialectos del sudeste de China –hasta tal punto que los locales le tomaban por un «hijo de Han» nativo–, tenía más ofertas de trabajo como intérprete que las que podía atender: «Pagaría 1000 dólares por tres días de Gützlaff», suspiró Innes en su expedición a Fujian.²⁴ Las incursiones de Gützlaff por el litoral le dieron ocasión de contactar con posibles conversos, a los que aleccionaba –según dictara su humor– contra sus horribles hábitos de juego, idolatría, soberbia, consumo de opio y así sucesivamente. Sus folletos bíblicos desembarcaban junto con las cajas de opio en la costa, donde hallaban –según Gützlaff– numerosos «lectores ansiosos y agradecidos» –en realidad, nunca sabremos en qué se utilizaban esos preciosos pedazos de papel, quizá para parchear huecos en las paredes, o tal vez para alguna otra cosa del todo diferente–.²⁵ Gützlaff, además, no solo era bueno como intérprete y predicador: cuando seis embarcaciones del Gobierno trataron de impedir a los mayoristas chinos de opio acercarse a una nave de Jardine-Matheson, «el Doctor Gützlaff, vestido con sus mejores ropas [...] les hizo una visita [...] Exigió su partida inmediata y les amenazó con la destrucción si volvía a verlos anclados en sus inmediaciones. Se marcharon de inmediato diciendo que habían fondeado allí por error en la oscuridad y no hemos vuelto a verlos más».²⁶

Para quienes estaban en primera línea del tráfico –los capitanes europeos y los distribuidores chinos– el negocio generaba una miscelánea de glamur, provecho y peligros. Hacia la década de 1820, los rigores marítimos del comercio de drogas llevaron al nacimiento del

ágil clíper de opio, que dejó anticuados a los grandes *Indiamen** por su capacidad de capear monzones y su superior velocidad: «surcando el mar como un cuchillo con [...] mástiles inclinados y afiladas proas, que cabalgan como la cabeza de un galgo». ²⁷ Los oficiales de las naves de opio estaban bien pagados: por reducir el tiempo de pasaje, por dominar a hombres que podían amotinarse, por combatir a los piratas. Era previsible que hubiera violencia: de los buques del Gobierno Qing, de los bandidos del mar, de sus propias tripulaciones. Los piratas locales –llamados, en chino, «avispas del océano»– constituían el mayor terror, desde pequeñas embarcaciones de escaso porte que perpetraban pequeños robos cuando se presentaba la oportunidad, a grupos más profesionales, formados por varias naves. En 1804, el emplazamiento portugués de Macao estuvo a punto de ser tomado por una flota de 74 embarcaciones piratas. En la guerra se utilizaba casi de todo: armas de fuego convencionales, por descontado, aunque también calderos de fuego –vasijas de arcilla llenas de pólvora y licor chino–, que se encendían y arrojaban a los buques mercantes para cegar a las víctimas con humo. La miseria de las condiciones de vida de los bucaneros –las naves rebosaban de ratas, a las cuales «animaban a criar y se las comían [...] como si fueran bocados exquisitos», recordó un prisionero– y la muerte segura si los atrapaban, les hacían tratar con mucha violencia a los cautivos: en 1795, un capitán murió tras pasar varios días atado desnudo en cubierta y solo de vez en cuando le daban algo de agua y arroz. Esta brutalidad no tenía una motivación racial: los nativos de la costa recibían un trato mucho peor. A un oficial de la Marina china, aún vivo, «le abrieron las tripas y le arrancaron el corazón [...] luego lo bañaron en licor y se lo comieron». ²⁸

Sin embargo, los mercaderes extranjeros de principios del siglo XIX solo desempeñaban un papel parcial. La distribución en lo más profundo del continente corría a cargo de contrabandistas nativos: chinos, manchúes y musulmanes. Los clíperes navegaban hasta Lintin, una pequeña y anodina isla a un tercio de distancia entre Hong Kong y Cantón. Allí, traspasaban el cargamento a versiones fuera de servicio de sí mismos: pontones retirados que hacían de depósitos flotantes. Las largas y esbeltas barcas de contrabando de los chinos –conocidas en el mundillo como «ciempiés» «cangrejos rápidos» o «dragones corredores»–, cada

* N. del T.: Los *East Indiamen* eran barcos mercantes que operaban bajo contrato o licencia para empresas europeas que comerciaban con las Indias Orientales entre los siglos XVII y XIX.

una de las cuales portaba entre 20 y 70 remeros armados hasta los dientes, se abarloban para cargar opio en cumplimiento de las órdenes de compra de las factorías cantonesas. Desde allí, la droga entraba en el sistema circulatorio del imperio: por la red de estrechas vías acuáticas de la costa meridional y en la misma Cantón, entre remesas de bienes menos polémicos, ropa, o en el interior de féretros. En cada una de las etapas había empleo para los locales: para los intermediarios, transportistas y «cambistas», a sueldo de los europeos, que se dedicaban a detectar la plata falsificada a bordo de las naves; para los recios Tanka,* que hacían volar a los dragones; para los contrabandistas que lo llevaban a tierra; para los intermediarios cantoneses; para los propietarios de tiendas de opio, restaurantes, casas de té y burdeles.

Cada una de las fases del negocio requería que las autoridades miraran para otro lado, lo cual, en su mayor parte, hacían sin problema, a pesar de estar rodeados de evidencias del tráfico. Uno de los socios de Matheson en Calcuta supo expresarlo muy bien al preguntarse con sarcasmo si los clíperes de opio de la agencia «alguna vez habrían podido hacer negocio. Una nave de arboladura europea da la alarma tan pronto como se presenta y da información a cada individuo [...] ¡es como si los chinos hicieran contrabando de té en la costa de Inglaterra con un junco!».²⁹ En general, lo único que hacía falta para desembarcar opio era repartir efectivo y a veces un poco de hipocresía. Si el destinatario del opio tenía suerte, el mandarín responsable se limitaría a pedir un soborno razonable por cada caja [...] una especie de arancel, como si el cargamento no fuera nada más controvertido que algodón o melazas. Si era menos afortunado, tendrían que soportar un sermón dedicado a los males del tráfico de opio, o tal vez una lectura personal del último edicto del emperador en torno a la cuestión y *luego* le permitirían pagar el soborno. Pese a todo, la connivencia —a causa del provecho que podía sacarse de esta— era la norma básica: en 1832, una misión comercial exploratoria de la Compañía Británica de las Indias Orientales por la costa septentrional de China provocó decepción durante todo el trayecto porque la nave, el Lord Amherst, no traía opio.³⁰

Una vez los clíperes eran descargados de forma segura y se disponían a retornar a la India, entonces —y solo entonces— las naves del Gobierno

* N. del T.: Los Tanka, o «pueblo de las barcas», son una etnia chinizada de la China meridional que tradicionalmente vivían en barcas y se dedicaban a la pesca. «Tanka» era el nombre que daban los cantoneses a los miembros de esta etnia residentes en el delta del río Perla.

Qing escenificaban, como manifestó con socarronería un observador de mediados de la década de 1830, un simulacro de persecución: «se ven 20 o 30 juncos de guerra chinos acercarse lentamente [...] hacia ellos [...] nunca lo bastante cerca para situarse a tiro de cañón, y, si para seguirles la broma, uno de los clíperes se pone al paio para dejar que se acerquen, nunca aceptan la invitación, sino que se mantienen a respetuosa distancia [...] a continuación, se emite una proclama a toda la nación donde se dice que “La flota imperial de su Celestial Majestad, tras un desesperado conflicto, ha hecho huir a los Fan-quis [demonios extranjeros] y les ha infligido semejante derrota que jamás se atreverán de nuevo a dejarse ver frente a las costas”». ³¹ Así pues, resumió un traficante estadounidense de la década de 1830, «continuábamos con nuestras siniestras actividades con suprema indiferencia, nos ocupamos de nuestros asuntos, botamos las lanchas, paseamos, cenamos espléndidamente y, de este modo, pasaron los años de la manera más plácida posible». ³²

Desde su punto de entrada meridional, el opio de Cantón seguía su camino hasta los confines más septentrionales del imperio: en las varas de transporte de vendedores minoristas, a lomos de camellos domesticados, en las caravanas de los mercaderes de Shanxi y Shaanxi que lo transportaban a Xinjiang, en las maletas de los candidatos a los competitivos exámenes del funcionariado metropolitano en Pekín. En casi cualquier lugar donde viajaran los súbditos del emperador llevaban opio con ellos, si podían permitirselo. En 1793, John Barrow –interventor de la primera embajada británica en China– observó que el precio del opio hacía que solo pudieran usarlo los «opulentos». ³³ Hacia la década de 1820, sin embargo, el consumo empezó a descender en la escala social: «Comenzó por los ricos –escribió un literato del sur al recordar la década– y luego las clases inferiores empezaron a imitarlos». ³⁴ El tamaño y diversidad del mercado de opio en la China decimonónica puede verse en la variedad de términos existentes para la droga: *yapian*, préstamo lingüístico que se remonta, como mínimo, a la dinastía Ming. Es el término que todavía se utiliza hoy y que se traduce, literalmente, como «rebanadas de cuervo», una posible referencia a la negrura del preparado de opio. Antes de esta expresión, se le había llamado *diyējia*, es probable que una simple transliteración del término griego para el empalagoso opiáceo; *yingsu*, «jarra de mijo», debido al parecido de las semillas de amapola a las de mijo; *mí'ngang*, «bolsas de mijo»; y *wuxiang*, «negra fragancia». En el transcurso de todo el siglo XIX, *yapian* coexistió con una larga serie de términos: *afurong*, literalmente, «amapola»; *datu* o *xiaotu*, «lodazal grande» o «lodazal pequeño»; *yangtu*, «fango de los mares occidentales»; *yangyan*,

«humo de los mares occidentales»; *yangyao*, «medicina» o «tónico de los mares occidentales». El prefijo *yang*, dicho sea de paso, no denota temor o rechazo hacia el extranjero, sino que formaba parte de una obsesión entusiasta por la rareza y difícil obtención de todo lo foráneo: «las cosas extranjeras son las que están ahora más de moda —expuso un ensayista de mediados del siglo XIX—, cobre, porcelana, pintura, lino, algodón extranjero [...] la lista es interminable».³⁵ A principios de la década de 1940, el Partido Comunista —al tiempo que denunciaba en público a sus rivales nacionalistas y a los imperialistas occidentales por beneficiarse del tráfico de droga— cultivó opio en secreto para cubrir gastos en el noroeste de China. El Partido creó dos eufemismos más: «producto especial» y, en ocasiones, «jabón».³⁶

En la época de la Guerra del Opio, el imperio no se limitó a importar y tornar doméstica esta apreciada droga extranjera; también la producían y en cantidades ingentes. No obstante, pese a que el opio nativo era atractivo por su precio barato, fue siempre un pariente pobre del producto extranjero, debido a la mayor potencia de este último. Allí donde crecía bien —en particular en el sudoeste de China, pero también a lo largo de la costa oriental, así como en Shaanxi, Gansu y Xinjiang, al noroeste— era el cultivo perfecto; se vendía bien y germinaba en la misma tierra en un ciclo anual junto con el algodón, las judías, el maíz y el arroz. Casi todas las partes de la planta se aprovechaban: la salvia, para opio crudo; las hojas, como verdura; el tallo, para tinte; las semillas, para aceite. El cultivo de opio daba a los campesinos meridionales de finales de la década de 1830 unos beneficios diez veces superiores al arroz. En el momento del estallido de la Guerra del Opio, el tráfico se había expandido por todo el imperio: se fumaba, extensamente, en las prósperas metrópolis del sudeste, se traficaba y cultivaba a todo lo largo del confín occidental, desde las montañas silvestres de Yunnan al sur, hasta Xinjiang en el norte.

El opio, simple y llanamente, rehusó desaparecer: cuando el Estado trató de suprimirlo en las costas meridionales y orientales con la deportación de fumadores y contrabandistas a la región fronteriza de Xinjiang, lo único que consiguió fue que estos llevaran su hábito al noroeste. Tras eliminar el cultivo doméstico de amapolas en las provincias del sudoeste como Yunnan, los funcionarios civiles vaticinaron que las importaciones costeras aumentarían para ocupar el hueco de mercado disponible. En 1835, las autoridades anunciaron con optimismo que la amapola había sido erradicada de Zhejiang, en el este de China; cinco años más tarde, un estudio reveló que los representantes gubernamentales solo habían segado la parte superior de las plantas y que habían dejado las raíces en la

tierra. Ese mismo año, 34 campesinos pelearon contra los funcionarios enviados a destruir por completo las cosechas.³⁷



En algún momento de la primera década del siglo XIX, en un brillante y diáfano día de primavera, un hijo del emperador se sentó a estudiar con sus libros de historia. Aburrido y cansado, pidió a su sirviente que le preparara su pipa. «De pronto, mi mente se aclaró —exclamó—, mis ojos y mis oídos se habían revitalizado. La gente dice que el vino está bendecido de todas las virtudes, pero yo afirmo hoy que el opio es lo que satisface. Cuando deseas felicidad, te da felicidad». Al poco, se sintió inspirado para la poesía:

Observa la nube que asciende de tu nariz.
 Inhala-exhala, la fragancia asciende
 el aire se espesa y se vuelve más profundo
 al asentarse, en verdad asemeja
 montañas y nubes que emergen de un océano distante.³⁸

En 1820, ese mismo hijo, Daoguang (1782-1850) se convirtió en el emperador de China. Veinte años más tarde, autorizó una campaña contra el opio que desembocó en los desastrosos choques de la Guerra del Opio. En los años que precedieron a la contienda, Daoguang —según un rumor— llegó incluso a ejecutar a su propio hijo por ser incapaz de abandonar el hábito. ¿Qué había ocurrido en esas cuatro décadas, en las que fumar opio pasó de ser el aceptable entretenimiento de un emperador ocioso a transformarse en un peligroso azote?

Es cierto que el opio llevaba inquietando a la corte más de un siglo antes de la persecución de finales de la década de 1830, desde antes incluso de la primera prohibición imperial de 1729, cuando el emperador Yongzheng (1678-1735) observó estremecido que «bribones desvergonzados atraen a los hijos de buenas familias a [fumar] para su beneficio [...] los jóvenes se corrompen hasta que su vida se hunde, desaparece el medio de vida de su familia y no queda nada más que problemas».³⁹

Contundentes palabras, aunque no parecieron tener ningún efecto durante sesenta años. Fumadores y vendedores continuaron el hábito:

todo aquel con cabeza sobre los hombros podía alegar que el opio que consumía o vendía era una medicina legal, no una diversión ilegal; o podía sobornar a las partes implicadas. Entre 1773 y el final del siglo XVIII las importaciones anuales de opio chino se cuadruplicaron con creces.⁴⁰ La prohibición de 1729 fue ratificada en 1796. De nuevo, no se logró gran cosa, más allá de obligar a los contrabandistas a cerrar los tratos en puntos más apartados de la costa, en lugar de hacerlo en flagrante delito en Cantón. El opio era una industria floreciente: la demanda, suministro y precio creció por igual durante los inicios del siglo XIX, una invitación abierta a los funcionarios locales para lucrarse. En 1799 hubo una ratificación de la ratificación: se recordó al pueblo que el opio «es de naturaleza violenta y poderosa y tiene un olor fétido y detestable».⁴¹ En 1811-1813 se implementaron más medidas punitivas: un nuevo edicto dictaminaba 100 azotes con bambú pesado, un mes de cepo y —una medida especial para eunucos y sirvientes—, esclavitud de por vida en el gélido nordeste.⁴² En 1839, las importaciones se multiplicaron por diez en comparación con el comienzo del siglo.⁴³

Las dificultades de los Qing por impulsar una línea dura contra fumar opio eran simples: nadie parecía ponerse de acuerdo en la extensión del problema, o ni siquiera en si existía tal problema. A pesar del ascenso en la corte, a partir de la década de 1830, de un activo grupo de presión antiopio, durante todo el siglo XIX no hubo mucho consenso, ni entre los observadores chinos ni entre los occidentales, en relación con los efectos de la droga sobre el organismo humano, el alcance del uso en China y qué constituía un consumo excesivo o adicción. Las denuncias se acumulaban en ambos extremos del comercio. «El humo del opio es un veneno mortal», rezaba un panfleto de 1836 publicado por el Gobierno local de Cantón; «siempre acaba terminando en la muerte —coincidía el *Chinese Repository*, editado por estadounidenses—, si el hábito maligno [...] continúa [...] No existe esclavitud sobre la tierra que se compare con el yugo que el opio impone a su víctima».⁴⁴ Igualmente, ambos bandos tenían defensores de la droga: «de un modo casi invariable, tomada con gran moderación —afirmó un británico durante la Guerra del Opio—, es en absoluto perjudicial para el organismo, sino más bien todo lo contrario. Genera una sensación placentera y eufórica y, en pocas palabras, no causa [a los usuarios] más daño que una cantidad moderada de vino nos causa a nosotros».⁴⁵ Fume opio en un día triste y lluvioso, aconsejaba un caballero chino de finales del siglo XVIII, y «hay un repentino sentimiento de alivio [...] liberado de todas las preocupaciones, entras en un mundo de sueños y fantasías, libre como un espíritu. ¡El paraíso!».⁴⁶

Los cronistas extranjeros del resto del siglo XIX revelaron la devastación física que el opio ocasionaba en los fumadores: «ojos inflamados y faz demacrada»; una piel con «ese peculiar brillo vítreo que caracteriza a todos los fumadores de opio». ⁴⁷ «Quienes son adictos al opio –reiteró en 1839 un príncipe manchú del clan imperial– están hechizados y son incapaces de dejarlo, como si el mortífero veneno los sedujera, hasta quedar reducidos a esqueletos, la forma de su cuerpo del todo desfigurada, como la de un lisiado». ⁴⁸ No obstante, otros rechazaron con vigor los relatos de los efectos degradantes y generalizados del opio sobre la población: según William Hunter, un comerciante estadounidense de las décadas de 1820 y 1830, «rara vez vi a nadie dañado por este, ni física ni mentalmente. No había evidencias visibles de abuso generalizado [...] fumar [opio] era, como el consumo de vino entre nosotros, un hábito moderado». ⁴⁹

Esta indefinición era, en parte, un síntoma del escaso desarrollo de la moderna profesión médica: las partículas del opio, «por su influencia directa y tópica sobre los nervios de los pulmones –conjeturó confiado un médico militar británico, Duncan McPherson, que combatió en China– protegen el sistema de las enfermedades». ⁵⁰ Con todo, la principal dificultad de asumir una línea dura contra el opio en la China decimonónica eran sus múltiples usos beneficiosos: antiespasmódico, analgésico, antitusivo, reductor de la fiebre y del apetito. Durante siglos, sirvió de paliativo contra los numerosos trastornos que afectaban a los habitantes de la china tardoimperial: diarrea, fiebres, dolores y achaques, hambre, cansancio. Dado que China no producía aspirinas –no lo hizo hasta muy tarde, en 1934, pese a que se llevaban fabricando y comercializando desde la década de 1890–, «el opio era nuestra medicina, era todo lo que teníamos», explicó un antiguo soldado a sueldo del Gobierno nacionalista (1928-1949). ⁵¹ «No hay enfermedad en la que no se pueda emplear el opio –reportó McPherson de su experiencia personal–, ni tampoco conocemos ninguna sustancia que pueda ocupar su lugar». ⁵²

Tampoco había acuerdo en cuanto a la naturaleza o el alcance del problema del imperio con las drogas. Dado que el opio era ilegal, es difícil hallar estimaciones fiables del número de fumadores. A lo largo del siglo XIX, estas variaron desde el 0,35 al 5 por ciento, o hasta el 60 por ciento de la población. ⁵³ Tras estas difusas estadísticas se ocultaban otras preguntas: ¿cuánto consumían todos esos fumadores? ¿Qué podía considerarse uso ocasional, moderado, habitual o peligroso? ¿El adicto tenía que incrementar su dosis sin cesar? El *lobby* antiopio –tanto el chino como el occidental– sostenía que la droga sometía a una inevitable esclavitud a sus usuarios, así como que los obligaba a conseguir a diario cantidades cada

vez mayores de efectivo para financiar su destructiva adicción. En 1837, el *Chinese Repository* publicó una influyente serie de dibujos que presentaba el ciclo vital del fumador de opio, desde joven y privilegiado heredero a toxicómano demacrado, que condena a su mujer y a sus hijos a vidas de brutales sacrificios para comprar la droga que ansía.⁵⁴ Sin embargo, también había ejemplos que contradecían esas imágenes apocalípticas: anécdotas acerca del fiable negociante que fumaba opio en exceso; o del estricto funcionario reformista que resultaba ser un usuario de opio y habitual de los burdeles. En comparación con las «consecuencias malignas» del alcohol, algunos estimaban que el perjuicio del opio era «infinitesimal»; los chinos eran «mayoritariamente moderados». ⁵⁵ Ningún observador podía llegar a un consenso acerca de qué era una dosis estándar: las estimaciones de mediados del siglo XIX iban desde los 4 a los 20 gramos, o incluso más.⁵⁶ Los súbditos del imperio de los Qing fumaban por la misma multitud de razones que los europeos consumían alcohol y tabaco: para alardear, por la compañía, para aliviar el aburrimiento y el dolor. Algunos se fumaban su vida y sus propiedades, otros nunca pasaron de la primera calada; los había que se limitaban a una dosis diaria de sobremesa.

La única preocupación presente en todos los intentos Qing de hacer algo con respecto al problema del opio era la cuestión del control social. Las drogas tienen un talento universal para inquietar a las autoridades: el consumo, además de agotar el dinero y el tiempo productivo, también tiene el efecto, aún más crucial, de aflojar los controles psicológicos internos, la contención que mantiene unida la convención social. La preocupación por la amenaza contra la estabilidad que planteaba la hedonista cultura del opio subyace en cada uno de los dictámenes oficiales relativos a la droga del siglo precedentes a la Guerra del Opio. El primer edicto de 1729 contra la venta del opio hace referencia a «la ley sobre enseñanzas heterodoxas que engañan a las masas». ⁵⁷ La amenaza identificada, por tanto, no era física, sino psicológica: la posibilidad de desórdenes públicos. «El uso del opio, en origen, solo prevaleció entre vagos y personas de baja estofa —lamentó la proclamación imperial de 1799—, pero, desde entonces, se ha expandido entre los miembros y descendientes de familias respetables, [lo cual resulta] en la gratificación de deseos impuros y sexuales y en el descuido de sus deberes y ocupaciones respectivas». ⁵⁸

Once años más tarde, se descubrieron seis paquetes de droga a la venta *en el interior de la Ciudad Prohibida*. El emperador se enfureció mucho. El opio, sentenció, deja a su fumador «muy excitado, capaz de hacer todo lo que le plazca —y añadió, casi de pasada—, en poco tiempo mata. Luego, volviendo a su línea principal, afirmó: «el opio es un vene-

no [...] que socava nuestra moralidad y buenas costumbres». ⁵⁹ Las élites instruidas de China empezaron a crear, alrededor de la segunda década del siglo XIX, textos médicos razonados que denunciaban la droga, la preocupación por el bienestar físico de los individuos siguió precedida por la inquietud en torno a los efectos de la droga sobre la decencia pública. Un médico inició una recopilación de recetas antiopio y calificaba el acto de fumar opio de «maligno pasatiempo», el preferido de «aquellos que violan la moralidad y llevan la ruina a su familias». ⁶⁰

Las preocupaciones financieras del Gobierno reforzaron la amenaza del opio contra la estabilidad política. Hacia las primeras décadas del siglo XIX —que también fueron años de aumento del consumo—, el imperio parecía estar quedándose sin plata, crucial para el correcto funcionamiento de la economía, pues era la divisa con la que se pagaban los tributos y al Ejército. Si escaseaba la plata y, por tanto, esta se encarecía con respecto a la moneda de cobre empleada en las pequeñas transacciones cotidianas, el pueblo que pagaba los impuestos quedaría oprimido y descontento. Esto dio lugar a vagabundeo, huelgas y tumultos: entre 1843 y 1849 hubo 110 casos de multitudinarias protestas, precisamente, a causa del incremento del precio de la plata. A su vez, al Gobierno le faltaban fondos para los ejércitos y obras públicas que podían contener el resentimiento general. El resultado fue un grave incremento de la insubordinación social: «Desde el inicio de la historia —decía una queja oficial de 1840—, nunca ha habido tanta gente arrogante o reacia a obedecer las órdenes imperiales como hoy». ⁶¹ Los observadores contemporáneos y las pruebas circunstanciales lo achacaron al opio. Entre 1805 y 1839, las importaciones de opio se multiplicaron por más de 10, de 3159 a 40 200 cajas al año. En paralelo, la balanza de pagos de China entró en unos innegables números rojos: entre 1800 y 1810, unos 26 millones de dólares viajaron a China; entre 1828 y 1836, salieron del país alrededor de 38 millones. ⁶² Los aterrados comentaristas estimaron que la riqueza de China se había reducido en un 50 por ciento, aunque lo más probable es que la cifra real rondara el 19 por ciento. Hacia la tercera y cuarta décadas del siglo XIX, el opio parecía estar por doquier: en el norte, oeste, sur, este y centro de China y Guangdong —la principal provincia de origen del opio, en el sur profundo— parecía ser el profundo sumidero por el que se escapaba la plata del imperio. El uso del opio aumentó justo en el momento en que se le podía señalar como el culpable del rico repertorio de males de los últimos Qing: estancamiento económico, agotamiento medioambiental, superpoblación, decadencia militar y el declive de los estándares generales de orden público.

A pesar de esta percepción, no está claro en absoluto que el opio fuera el responsable exclusivo del hambre de plata. Hasta 1852, China nunca importó más de 8 millones de libras de opio al año. En los cuarenta años siguientes, las importaciones excedieron esta cantidad todos los años, salvo cuatro, y a veces se aproximaron a los 10,6 millones. Finalmente, tras el descenso de ingresos de plata, hasta alrededor de 1855 –con el declive consiguiente de la efectividad del Estado Qing–, los suministros de metálico recaudados en la segunda mitad del siglo, pese al incremento de consumo, permitieron a los Qing aguantar la inmensa crisis civil de la rebelión de los Taiping. Entre 1856 y 1886 la economía china volvió a ser solvente, pues afluyeron de vuelta al imperio unos 691 millones de dólares.⁶³ Si es cierto que el opio fue el malo de la película de la primera mitad de la centuria, entonces ¿por qué la economía no siguió hundiéndose en números rojos después de que las importaciones de opio se dispararan a partir de 1842? Para responder a esta pregunta debemos mirar más allá del triángulo mercantil británico-indio-chino y examinar el impacto de los movimientos de independencia de Sudamérica sobre el suministro global de plata.

Lo curioso es que –puesto que era una dinastía preocupada por cuestiones de seguridad y soberanía– los Qing permitían, desde hacía mucho tiempo, que China dependiera de suministros de plata extranjeros importados de Sudamérica, obtenidos mediante el comercio chino en Filipinas o gracias a exportaciones a Europa. En los cuarenta años que precedieron a 1829, México produjo alrededor del 80 por ciento de la plata y el oro del mundo. Sin embargo, los movimientos de independencia entre las décadas de 1810 y 1820 causaron un descenso estimado del 56,6 por ciento en la producción mundial de plata, en comparación con la década de 1790. Dada la participación de la China tardoimperial en la economía global mediante su consumo de plata extranjera, era inevitable que la repentina reducción del suministro latinoamericano ejerciera un efecto notable. En primer lugar, redujo la cantidad de plata que Gran Bretaña tenía que gastar en el té y la seda de China; en consecuencia, las exportaciones de esos bienes desde China crecieron con lentitud en las primeras décadas del siglo XIX. En segundo lugar, los mercaderes británicos se vieron obligados, cada vez más, a recurrir al opio, en lugar de al escaso metal precioso, para intercambiarlo por el té y la seda que adquirirían. Todo esto sugiere que, si bien es cierto que las importaciones de opio tuvieron un impacto sobre las reservas argentíferas de China, el efecto no habría sido tan devastador si el primer periodo de expansión de las importaciones no hubiera coincidido con una grave contracción del suministro mundial de plata. De no haber sido así, parece factible que China habría pagado su hábito narcótico a la usanza

tradicional: con té y seda. En otras palabras, puede afirmarse que no fue el comercio del opio, por sí solo, lo que provocó la inestabilidad financiera de la China Qing, sino también los problemas globales en la producción y distribución de plata.⁶⁴

A pesar de todo esto, a finales de la década de 1830, el opio, con o sin razón, empezó a ser considerado el chivo expiatorio de todos los problemas del imperio. Sin embargo, fue la infortunada colisión de dos elementos en la corte –un emperador nervioso y acosado y una camarilla de moralistas ambiciosos– lo que condujo a la confrontación de 1839 con Gran Bretaña.



NOTAS

- 1 *Vid.* el incisivo y detallado trabajo de McMahon, K., 2002, 193-201.
- 2 *Ibid.*, 97.
- 3 Berridge, V., 1999, 40. Se trata de una historia cultural, social y política del uso del opio en la Inglaterra contemporánea con mucha información.
- 4 Rang, H. P. *et al.*, 2000, 595.
- 5 McMahon, K., *op. cit.*, 79, 75.
- 6 Auerbach, S., 2009, 146.
- 7 Cit. en Holt, E., 1964, 78.
- 8 Howard, P., 1998, 30.
- 9 Zheng Yangwen, 2005, 11.
- 10 *Vid.* este y otros detalles extraordinarios del uso del opio en la China imperial en *ibid.*, 10-24.
- 11 Howard, P., *op. cit.*, 70-71.
- 12 *Vid.* Dikötter, F., Laaman, L. y Zhou Xun, 2004 para un esclarecedor relato del uso de la droga en la China tardoimperial y republicana. El interés por este tema ha experimentado un resurgimiento reciente: para una selección de contribuciones destacadas a este campo, *vid.* los trabajos de Zhang Yangwen, David Bello, Alan Baumler, Joyce Madancy, Edward Slack, Jonathan Spence, Richard Newman, Timothy Brook y Bob Wakabayashi, listados en las notas siguientes y en la Bibliografía.
- 13 Maugham, W. S., 1922, 60-61.
- 14 Greenberg, M., 2000, 105.
- 15 *Ibid.*, 106-107.
- 16 *Vid.* esbozos biográficos de ambos hombres en (por ejemplo) Le Pichon, A. (ed.), 2006; Williamson, A. R., 1975; Blake, R., 1999.
- 17 Greenberg, M., *op. cit.*, 118.
- 18 Fay, P. W., 1975, 49. Un excelente relato de la Guerra del Opio, explicado desde la perspectiva de los participantes y observadores europeos y estadounidenses.
- 19 Cit. en Beeching, J., 1975, 56.

- 20 Fairbank, J. K., 1978, 216.
- 21 Collis, M., 1997, 66.
- 22 Greenberg, M., *op. cit.*, 139-140.
- 23 Collis, M., *op. cit.*, 68.
- 24 *Ibid.*, 75.
- 25 *Vid.*, por ejemplo, Gützlaff, K., 2002. Sarcasmos aparte, lo cierto es que los seguidores de los diversos movimientos heterodoxos de China leían los textos cristianos con gran interés.
- 26 Collis, M., *op. cit.*, 70.
- 27 Janin, H., 1999, 82.
- 28 *Ibid.*, 132-135.
- 29 *Ibid.*, 28.
- 30 *Vid.* Lindsay, H. H., 1834.
- 31 Downing, Ch. T., 1838, vol. I, 55.
- 32 Janin, H., *op. cit.*, 71.
- 33 Dikötter, F., Laaman, L. y Zhou Xun, *op. cit.*, 46.
- 34 Zheng Yangwen, *op. cit.*, 83.
- 35 *Ibid.*, 71-72.
- 36 *Vid.* Chen Yung-fa, 1995, 263-298.
- 37 Bello, D. A., 2005, 168-169, 228 y *passim*. Véase también el trabajo, muy informativo, de Madancy, J., 2003 para un relato de la persecución del opio a caballo de los siglos XIX y XX.
- 38 Traducción adaptada de Zheng Yangwen, *op. cit.*, 57.
- 39 Dikötter, F., Laaman, L. y Zhou Xun, *op. cit.*, 34.
- 40 Howard, P., *op. cit.*, 86.
- 41 *Ibid.*, 87.
- 42 *Ibid.*, 92-93.
- 43 *Vid.* la tabla en Lin Man-houng, 2007, 89.
- 44 Chang Hsin-pao, 1964, 96 y McMahan, K., *op. cit.*, 76.
- 45 Cunyngame, capitán A., 1845, 237.
- 46 Traducción adaptada de Dikötter, F., Laaman, L. y Zhou Xun, *op. cit.*, 60-61.
- 47 McMahan, K., *op. cit.*, 92.
- 48 Chang Hsin-pao, *op. cit.*, 96.
- 49 McMahan, K., *op. cit.*, 78.
- 50 *Ibid.*, 82.
- 51 Dikötter, F., Laaman, L. y Zhou Xun, *op. cit.*, 74.
- 52 McMahan, K., *op. cit.*, 83.
- 53 Dikötter, F., Laaman, L. y Zhou Xun, *op. cit.*, 52-53.
- 54 «Admonitory Pictures», *Chinese Repository* 5, 1837, 571-573.
- 55 McMahan, K., *op. cit.*, 78.
- 56 Dikötter, F., Laaman, L. y Zhou Xun, *op. cit.*, 51-57.
- 57 *Ibid.*, 34.
- 58 Howard, P., *op. cit.*, 88.
- 59 *Ibid.*, 90.
- 60 *Ibid.*, 60.
- 61 Lin Man-houng, *op. cit.*, 13.
- 62 Wakeman jr, F., 1978, 173.
- 63 *Vid.* las tablas de Lin Man-houng, *op. cit.*, 89 y 95.
- 64 Esta sección se basa, en gran medida, en el análisis de *ibid.*, 108 *passim*, que presenta una estimulante reevaluación de los efectos de los factores económicos globales sobre la China de finales de la era Qing.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«El gran libro sobre la Primera Guerra del Opio. Julia Lovell ha pasado décadas de su vida estudiando las fuentes chinas, ningún otro trabajo alcanza el extraordinario nivel de comprensión de la China de esta época. Lo he disfrutado a lo grande y lo recomiendo encarecidamente».

William Dalrymple

La Guerra del Opio es uno de los episodios más infames de la historia de Gran Bretaña, arrastrada por los intereses de empresarios de dudosa reputación, corporaciones privadas, lobistas sin escrúpulos y halcones del imperialismo más depredador a un conflicto inmoral por un negocio que generaba formidables fortunas a costa de diezmar a la población y destruir la economía del Imperio Qing: el derecho a vender opio y, en última instancia, el sometimiento de China a la supremacía occidental.

Este libro, de la historiadora y sinóloga Julia Lovell, que lleva décadas estudiando las fuentes chinas, va mucho más allá de la perspectiva occidental tradicional al otorgar protagonismo y voz propia al Imperio Qing, explorando sus intensas interacciones con el mundo más allá de sus fronteras —desterrando el mito de un país cerrado e impermeable—, su idiosincrasia interna, así como la incomprensión mutua que empujó a ambas partes hacia la guerra; un conflicto tan brutal como asimétrico condicionado por la abrumadora superioridad tecnológica occidental y la falta de realismo militar de China, no exento de episodios tragicómicos, hipocresía victoriana, tropiezos burocráticos, errores militares y oportunismo político.

A lo largo de los últimos dos siglos, esta guerra desatada por la droga y la codicia —motivos que resuenan en conflictos actuales— se ha convertido en el episodio fundacional del nacionalismo chino, una humillación que ha moldeado las interacciones de Pekín con el resto del mundo, y una memoria y unos prejuicios que han enturbiado su relación con Occidente hasta el día de hoy.

ISBN: 979-13-990789-9-2



9 791399 078992

P.V.P.: 28,95 €

**HISTORIA
DE ASIA**